

A black and white portrait of Gabriela de Frígola, a woman with dark hair styled in an updo, wearing a dark, high-collared dress with intricate lace or embroidery. She is looking slightly to the right of the camera with a neutral expression.

22^è i 23^è
Premis de relats
breus per a Dones

GABRIELA DE FRÍGOLA

Recull d'obres premiades



22è i 23è
Premis de Relats Breus Gabriela de Frígola

Us presentem un nou recull de les obres guardonades al Premi de Relats Breus Gabriela de Frígola. En aquest cas, són els relats premiats en la 22a i 23a edició d'aquest certamen que organitzem des de l'Ajuntament de Sant Joan Despí.

El Premi de Relats Breus Gabriela de Frígola és un magnífic aparador de la producció literària de les dones de Sant Joan Despí i, a la vegada, una palanca per fomentar encara més la creació femenina en l'àmbit de les lletres.

Les dones som la meitat de la societat, però el nostre talent no està ni reconegut ni visibilitzat en aquesta proporció, sinó molt menys. És per això que una de les línies de treball que tenim a l'Ajuntament és fer ben visible el talent femení i generar dones referents en tots els àmbits de la vida, també en el literari.

El camí que, com a societat, hem emprès cap a la plena igualtat i equitat de gènere no ha de tenir deturador, és de justícia seguir fent progressos per fer reals i efectius els drets de les dones per poder gaudir d'una societat realment igualitària.

En aquests relats també hi trobareu una mirada que ens fa reflexionar sobre drets, desigualtats i discriminacions. Espero que gaudiu molt de la seva lectura.

Belén García

Alcaldessa de Sant Joan Despí

Edita

Ajuntament de Sant Joan Despí

Impressió:

Formura

Dipòsit Legal:

B-9226-2002

Relats breus
Any 2022

Composició del jurat 22è Premi - Any 2022

PRESIDENTA

Judith Riera Román

Tinenta d'alcaldia i regidora d'Igualtat i Polítiques LGTBI
de l'Ajuntament de Sant Joan Despí.

ALTRES MEMBRES

Cristina Maza Carruesco

Cap del Departament de Cultura de l'Ajuntament de Sant Joan Despí.

Marian Gisbert Berna

Directora de la Biblioteca Miquel Martí i Pol de Sant Joan Despí.

Dolors Pedrol Claramunt

Professora i cap del Departament de Llengua Catalana
de l'Institut Salvador i Pedrol de Sant Joan Despí.

Anna López Artiaga

Esriptora i representant del Racó de Dones Esriptores de Sant Joan Despí.

Roser Lleixa Parellada

Esriptora i representant del Racó de Dones Esriptores de Sant Joan Despí.

Llum Torrens Garcia

Esriptora i representant del Racó de Dones Esriptores de Sant Joan Despí.

I actuant com a secretària

Rosa Baixas

Cap d'Acció Social i Igualtat de l'Ajuntament de Sant Joan Despí.

Obres premiades
2022

Primer premi, *Espectora de Sant Joan Despí*

Diario de una amapola

d'Ascensión García Gómez

Primer premi, *Espectora de fora de Sant Joan Despí*

L'Anna

de Berta Anglada i Oriol

Primera finalista

Alerta àmbar

de Nerea Díaz

Segona finalista

El cistell africà

de Nora Nadal

Tercera finalista

A la meva mare

de Nerea Díaz

Quarta finalista

(Premi desert)

Nací en abril de 1952, en uno de los mejores campos de amapolas salvajes de este país. Y ahora os preguntarán cómo he conseguido mantener el tipo hasta hoy. O lo que es más difícil, cómo aún hoy presumo de pequeñas trazas del color púrpura que tuve en mi piel los primeros días de mi vida. Pues veréis, cuando me cortaron, alguien me envolvió en un pañuelo de hilo, después en un papel absorbente, más tarde en papel celofán y por último me plastificaron, todo ello pasando por páginas de libros de todos los estilos y tiempos literarios: prosa, poesía, ensayo, novela, teatro.

Trabajar de marcapáginas es sin duda el mejor regalo de vida a la que una simple amapola como yo podría aspirar. Y sí, lo confieso, esto es lo que más me ha ayudado a envejecer y a llenar mis días de historias, de vida y de cultura, aunque tengo que confesar que la verdadera razón por la que yo pasé del campo al libro fue nada más y nada menos que por amor. El amor que yo represento para Toño es lo que ha hecho que nunca me deje olvidada en ningún libro. Es lo que ha hecho que pase por todos aquellos que han sido los más importantes para él.

—¿Señor Antonio Barrios? Primero, felicitarle por su visita guiada a la Biblioteca de Catalunya y, en segundo lugar, preguntarle si tiene unos minutos para hablar con usted, que es especialmente a lo que he venido. Alguien me ha dicho que puede usted darme mucha información para mi trabajo de fin de carrera. Por cierto, mi nombre es Diana.

—Pues encantado de conocerle, Diana. Y dime, ¿de qué va ese trabajo? ¿Y qué carrera estás estudiando?

—Estoy haciendo un doble grado en Historia del Arte y Ciencias y Lenguas de la Antigüedad. Mi trabajo va de libros, desde el principio de los escritos, cuando aún no se llamaban ni libros, hasta nuestros días de digitalización. Amo los libros y quiero hacer un trabajo donde sea capaz de contar la trayectoria, evolución, repercusión y, en definitiva, entender a aquellos que escribieron hace siglos, que son los verdaderos maestros de la historia. ¿Tiene tiempo para tomar un café, señor Antonio?

—Hace años que no tomo café, el insomnio a mi edad es algo que no me puedo permitir. Hace años llenaba esas horas de lectura y al día siguiente me iba a trabajar habiendo dormido una, dos, o ninguna hora. Ahora no puedo hacerlo, pero no tengo prohibido tomar agua o una infusión.

—¡Estupendo! No sabe la ilusión que me hace poder hablar con usted. Sé que no hay nadie ahora mismo que me pueda aportar tanto como usted. Conozco un poco su trayectoria y sus trabajos de investigación.

—Me sorprende que alguien tan joven muestre esta ilusión y este interés por la vida de los libros. ¿A quién debes esa pasión?

Ahí estaba yo en medio de esa conversación, entre las páginas de la agenda de Toño y el tríptico de la Biblioteca de Catalunya, sorprendiéndome por el tono y la predisposición tan inmediata de Toño a tomar algo con Diana. No digo yo que no lo haya hecho otras veces con otros estudiantes, pero no así, sin cita previa.

Mi vida ha sido un viaje paralelo a su crecimiento, a su emoción, a su sabiduría. Todo cuanto él ha leído, yo lo he inhalado a la par.

Sería difícil decir un número aproximado de libros por los que hemos pasado, pero sí puedo recordar el primero: Veinte poemas de amor, de Pablo Neruda. El poema XV, «Me gusta cuando callas», es el que sin duda despertó el interés por los libros para Toño y el primero por el que yo pasé envuelta en un pañuelo de hilo.

—Te marcaré esta página. —Le dijo ella, después de leérsela tres veces en voz alta. Y me eligió a mí para hacerlo.

—¡Cuidado! Las amapolas manchan. —Y, entonces, ella me envolvió en su pañuelo de hilo blanco. Y le regaló el libro a Toño.

Toño tenía 13 años, y hasta hoy, que tiene 83, hemos vivido juntos como un matrimonio inseparable.

Desde ese día, creció su interés por los libros. Cada minuto libre de otras tareas se llenaba de un libro, cada noche en la que asomaba un segundo de insomnio se convertía en una noche de lectura. Descubrió el poder de las palabras escritas. ¿Cómo el arte de unir fonemas puede sumergirte en un mundo íntimo, hacerte sentir emociones? ¿Cómo puede haber escritores que sepan describir tus propias emociones cuando ni tú mismo sabes explicarlas? Y ¿cómo ella podía leer en voz alta transmitiendo todo eso?

Escucharla leer poesía era un placer infinito. Los giros, los silencios, la entonación, hasta el aire lo cogía y lo soltaba de manera coordinada con los versos. El ritual en el que se habían convertido las tardes de primavera cuando, después de caminar con los perros por el campo, se sentaban bajo la encina para disfrutar de la lectura. «¿Qué libro has traído hoy?», le preguntaba Toño. Entonces se colocaba bocabajo, apoyado en sus codos, para escucharla leer, sin poder dejar de mirarle los labios, sus muecas de sonrisa, sus pausas y esa manera tan peculiar de humedecerse los labios.

Diana sonrío ante la pregunta de Toño, y eleva la mirada hacia ningún sitio en especial, más bien hacia un lugar de su memoria.

—Esa pasión por los libros se la debo a mi abuela. Ella era una lectora incondicional y vi-

vía pegada a sus libros. Cuando yo era pequeña me iba con ella al pueblo. En la casa, que ya era de mis bisabuelos, había una sala a la que llamábamos «la sala de los libros», supongo que llamarla biblioteca sonaría un tanto pretencioso para aquella época, aunque cuando yo la conocí todas las paredes estaban forradas de libros. Había visto bibliotecas más pequeñas que esa sala.

Si me portaba bien, el premio era que mi abuela me leyera un rato, a veces ese rato se convertía en horas. La sala tenía unos grandes ventanales altos por donde entraba el sol y el olor a campos de cereales y ella se sentaba en uno de esos sofás antiguos que solo tenían respaldo para una persona y un reposapiés y yo sobre ella apoyando mi espalda en su pecho.

Ella leía casi en susurro, entonando a los personajes y dando vida a las historias como nadie sabía hacer. Cuando yo ya sabía leer y me obligaba a leer a mí, me parecía que las historias no eran las mismas. Ella creaba una comunicación íntima entre las dos y los personajes de la historia. Me susurraba las palabras al oído y yo contenía la respiración en sus pausas, en los momentos de intriga o miedo o sonreía en los desenlaces felices. Las páginas del libro estaban a mi altura, casi igual que a la suya, pero yo no veía letras, yo sentía la historia y veía mi propia película.

Otras veces jugábamos a acertar libros. Yo cogía un libro al azar y ella permanecía de espaldas para no verlo, entonces yo abría cualquier página y comenzaba a leer. Casi siempre acertaba, a veces con unas solas líneas y otras con un párrafo más largo. Yo me quedaba impresionada de su capacidad de retener los detalles de los libros.

—Lo siento, señor Antonio, no sé cómo me enrolló tanto

—¿No te parece que lo que hacía tu abuela contigo, es decir, leerte en voz alta, es un acto de amor puro?

—¿Un acto de amor?

—Sí, un acto de amor es la manera en que una persona complace, satisface o produce placer a otra. Por cómo lo explicas, se diría que cumple todos los requisitos.

—Sí, sin duda era lo que más me gustaba; sin embargo, no se me habría ocurrido llamarlo así.

—¿Sabes que en la antigüedad la escritura solo se concebía para ser leída en voz alta? Pocos imaginaban leer en silencio o recorrer con la vista hileras de palabras sin ser pronunciadas, como hacemos ahora.

—Tiene usted mucho que enseñarme, señor Antonio, creo que lleva usted razón: alguien que te lee en la intimidad, en voz alta, es alguien que te ama. Hoy ha hecho usted que

me sienta aún más afortunada de haber tenido a mi abuela.

Estar en manos de Toño me ha permitido pasear por escritos de casi treinta siglos. Cuando los escritos eran tablillas de arcilla, madera, marfil, juncos, seda o piel, hasta llegar al papel. El viaje ha sido emocionante. Imaginarnos en la Gran Biblioteca de Alejandría, en la de Mesopotamia, o en la de Siria o Persia.

Leer como un viajero griego relata una visita guiada a una biblioteca egipcia hacia el 375 a. C. en la que describe como experiencia exótica el recorrido por los pasillos, laberintos de salas y patios del recinto, llamándola «biblioteca sagrada», sobre la cual se hallaba escrito «Lugar de cuidado del alma».

Leer textos encontrados cuando las letras eran símbolos, poder pasear por la historia escrita treinta siglos atrás, nos ha hecho viajar en el espacio y en el tiempo. Porque cada libro es un viaje, una aventura inmensa, capaz de hacernos sentir egipcios, emperadores, esclavos, escribas, dioses griegos, escultores romanos, pintores renacentistas, poetas románticos, héroes de la Edad Media, religiosos del Renacimiento, actores de teatro, Quijotes, superhéroes, brujos y un sinfín de muchos más, imposibles de mencionar.

Hemos viajado y visitado algunas de las bibliotecas más antiguas e importantes del mundo. La de Santa Catalina en el Monte Sinaí, la de Fez en Marruecos, la Histórica de Salamanca, en Italia la de la Ciudad del Vaticano, la Malatestiana de Cesena y la de Florencia. La de Somerset en Reino Unido y la de Londres. Por no hablar de los archivos históricos en los que hemos permanecido meses investigando y trabajando.

Que Toño y yo somos como un matrimonio fiel que nunca se ha separado, creo que ya lo he dicho. Viajar por el tiempo y vivir momentos de la historia a través de los ojos que la miraron en su tiempo presente y compartir una vida llena de libros y viajes, me hace ser una amapola muy afortunada.

Sé que él hubiera querido compartirla con la única mujer a la que amó, pero, simplemente, emprendieron caminos distintos.

Él venía de familia humilde, su padre y su hermano trabajaban cuidando las tierras y la casa en la que ella venía a pasar sus vacaciones.

Ella le despertó su interés por los libros, y Toño pudo pagarse sus estudios con becas y salir del pueblo con la esperanza de verla o encontrarla alguna vez por la universidad.

Ella fue profesora de literatura y pionera en su época, compaginando el trabajo con la vida familiar. Pero con un matrimonio más o menos conformado por la familia, que se rompió poco después de tener a sus hijas, harta de aguantar escándalos e infidelidades de su marido.

Sí, claro que Toño ha tenido infinidad de marcapáginas, pero para sus mejores libros, para releer en voz alta algo importante, para marcar las páginas o líneas más significativas, para eso, siempre me elige a mí.

Desde que se jubiló, paseamos por las bibliotecas de toda Cataluña, es guía voluntario de muchas de ellas, lo conocen y aprecian en la mayoría y, al final de la visita, le encanta leerles unas líneas, un párrafo o una estrofa de algún libro representativo de la biblioteca en la que estamos.

A veces preguntan por él alumnos universitarios que están haciendo sus trabajos de fin de grado, con el fin de que les oriente en sus bibliografías.

Mañana es un día muy especial para Toño y para Cataluña. Es el día de Sant Jordi. Durante los últimos cincuenta años, y desde cualquier parte del mundo en la que estuviéramos para Sant Jordi, Toño le enviaba un libro con una amapola y una carta, para las cuales no ha habido respuesta jamás.

La Biblioteca de Cataluña, que se encuentra en los edificios del antiguo Hospital de la Santa Cruz, abre mañana sus puertas a todo el que quiera y muestra algunas de sus más valiosas colecciones en visita guiada a cargo del señor Antonio Barrios, paleógrafo e historiador.

—Señor Antonio, tengo que serle sincera, es cierto que me gustaría que me asesorara sobre mi trabajo de fin de grado y que nada me haría más ilusión que poder contar con usted para ello. Pero mi tarea expresa para el día de hoy es otra y es especialmente importante para mí, puesto que quiero cumplir con la voluntad de mi abuela. Ella me pidió que le buscara, me habló de usted, de sus trabajos de investigación, y que le pidiera consejo a la hora de hacer mi TFG, pero, sobre todo, me pidió que le entregara este paquete y que, en la medida de lo posible, lo hiciera el día de Sant Jordi. Cuando leí el tríptico de la Biblioteca de Cataluña y vi su nombre escrito, me sentí aliviada porque sabía dónde lo podría encontrar. No sé lo que contiene el paquete, ni sé si, después de abrirlo, usted querrá ayudarme con mi trabajo, pero lo que decida lo aceptaré sin réplica. Le dejo mi número de teléfono por si me quiere llamar. Y una cosa más. He pasado por el cementerio antes de venir para decirle a mi abuela que hoy venía a verle. Si ese ramo de amapolas es cosa suya, gracias. La amapola era su flor preferida.

Toño bajó la mirada y no fue capaz de articular palabra. Su corazonada se había confirmado. Solo escuchar el nombre de Diana ya le aceleraba el pulso. No abrió el paquete hasta llegar a casa, y como si de una reliquia literaria se tratara, empezaron a temblarle las manos. Se sentó en su sillón e intentó deshacer el nudo del cordón, finalmente cogió las tijeras y lo cortó.

Allí estaban cada una de sus cartas escrupulosamente ordenadas y marcadas con un número y, en otro montón paralelo y ordenadas por número, todas las que ella contestó, pero nunca envió. Separadas cada una por un marcapáginas de amapola. Debajo de todas ellas un diario con una página marcada.

23 de abril de 1952

Hoy para leer a Toño me he llevado Veinte poemas de amor de Pablo Neruda y lo he abierto por el poema XV como si hubiera sido al azar: «Me gustas cuando callas porque estás como ausente». «Léemelo otra vez», me ha dicho, y después otra, hasta tres veces. La expresión de su cara lo decía todo. «¿Qué arte es este de juntar palabras que cuando las lees te remueve por dentro?», me ha preguntado. Y yo le he dicho que eso es lo que consiguen los buenos escritores. Ver su brillo en los ojos es lo que me ha removido a mí. Ha sido un momento mágico para mí, y creo que, para él, lo ha sido también. Después me ha preguntado: «¿Somos novios?» Y yo le he dicho: «¿Por qué me preguntas eso?» Y me ha contestado: «Ayer leíste que un acto de amor es la manera en que una persona complace, satisface o produce placer a otra. Cuando tú me lees siento todo eso.» El escritor será muy bueno en el arte de unir las palabras, pero el que lee en voz alta también es artista en saber transmitir la emoción y el amor de las letras.

Saber qué efecto le provoca mi lectura me ha hecho sentir un extraño escalofrío por todo el cuerpo, difícil de explicar.

Entonces, yo he cortado una amapola y le he dicho: «Marcaré esta página con esta amapola y ella será testigo de nuestro primer acto de amor», y le he regalado el libro. Él ha cogido mi cara entre sus manos y me ha besado.

Hoy soy inmensamente feliz.

L'autora

Mi nombre es Ascensión García, nací en Huéscar (Granada) en 1964 y vivo en Sant Joan Despí desde 1985, eso hace que sea más de aquí (de donde vivo) que de allí (de donde nací), aunque sigo teniendo mis raíces y mi amor por mi pueblo. Sant Joan Despí me ha dado mi hogar, amigos, trabajo, mis hijas y otras muchas cosas, entre las cuales el amor por la escritura, que descubrí gracias a este concurso allá por el 2002.

Han sido varios los relatos que han tenido algún reconocimiento en este concurso y quiero seguir dando las gracias por ello, pero en esta edición quiero hacerlo especialmente por los que hoy se publican aquí, que son: *Diario de una amapola*, del 22è Premi y *La princesa ha cumplido 4.300 años*, del 23è Premi. En ambos he querido, como siempre, resaltar la figura de la mujer y transmitir el amor por las letras, los libros, las historias y esta dualidad inseparable que existe y ha existido siempre entre nuestro género y el arte de las letras. Espero y deseo que todos disfruten leyendo los relatos y que podamos seguir disfrutando de historias de mujeres que se animan a escribir en concursos como este.

Cada matí descobreix taques noves al revers de les mans quan se les renta. El dolor continu de l'ossada li recorda totes les hores caminades amb el càntir a l'espatlla. L'ase dels pares també l'ajudava. A estones. Mira que n'era de tossut l'animal. Aquelles excursions al rierol que abans les vivia com un autèntic infern ara les recorda amb melancolia.

Es mira al mirall mentre es raspalla el cabell curt i canós. Li costa reconèixer la noia que va menjar-se el món ara fa tants anys. Els seus llavis silenciosos dibuixen estranyats un «aquesta soc jo?» que la fa sospirar. La falda li va gran i se la subjecta amb un imperdible. La camisa baldera li amaga la primesa. Travessar el menjador de la residència amb aquells passos insegurs i tremolosos es converteix en tota una autèntica aventura. Però l'esmorzar s'ho val. Li prepara la Dolors amb molt d'amor. Un amor que no serà com el dels fills, però sovinteja més. El cafè amb llet se'l pren bullint com el que engolia rabent quan era petita al poble, de matinada i amb lleganyes als ulls. La llet calenta temperava el seu cos i la preparava al matí glaçat. Allò sí que era fred! Sortia al carrer principal engalanada amb la bufanda fins al nas. S'abrigava amb el barret i el petó de la mare. Agafava els càntirs i els burros i enfilava muntanya amunt, pels camins de carro que portaven al riu. Sola. No es va preguntar mai si anar a buscar aigua així li tocava a ella, tan menuda, tan poca cosa. Ara se'n feia creus del que havia arribat a fer de tan petita. Com es queixa la joventut d'avui en dia. Si sabessin.

La noia d'ulls blaus l'ajuda a aixecar-se de taula. Es diu Perla i fa poc que ha entrat a treballar al centre. És bona i la cuida. L'acompanya a ella i a la seva poca força a la sala d'estar fins que un gest amb la mà de l'Anna, entre divertit i enfadat, li fa entendre que pot valer-se per ella mateixa, que no la necessita. Amaga la ràbia que sent darrere un somriure amable mentre cavil·la si hi ha algú que estigui preparat per acceptar el pas del temps.

La butaca a on seu senyoreja al costat de la finestra. Mira el jardí. Les branques dels desmais i els pollancre es mouen agombolant-se al ritme de la fina brisa. Avui el sol escalfa de valent. Si la seva carcassa la deixés, començaria a córrer, colliria totes les flors del jardí, en faria rams, i li robaria la bicicleta a la Dolors per anar a plaça. També ballaria tangos, com quan ballava al menjador de casa amb el seu home.

Les trucades que rep dels fills l'acompanyen una mica. A estones. La gran li truca més sovint. El petit, el Pep, no tant. Potser perquè és el noi i no ha de trucar tant.

No ho entén gaire l'Anna. Els va educar igual els seus dos fills. Però la Marta s'encarrega més de tot. Sense que ningú li digui res ha agafat aquest timó. S'encarrega que no li falti de res i que estigui ben còmoda a la residència. Sort de la Marta. El Pep és més de venir de tant en tant, entre setmana i de resquitllada. Les activitats al centre ajuden que a l'Anna se li facin curts els dies. A les tardes li agrada seure al jardí. L'olor de natura la trasllada al poble. Mig adormida amb els ulls clucs marxa lluny anys enllà, amb els seus pares, els seus amics i la vida al poble que tants moments li va regalar. Bons i dolents. Els bons els recorda cada dia. Els dolents els ha oblidat quasi tots. El viatge a ciutat ha caigut en l'oblit. Era molt jove quan la van enviar a treballar. La necessitat i la gana ja ho tenen això. Servia en una casa dia i nit. Netejava, cosia, traginava, cuinava, dormia poc. I l'endemà es repetia el mateix. Vivia entre ciment, finestres i fosc, entre balcons i places, entre solitud, entre mar i muntanya. Dormia a l'habitació interior al costat de la cambra de la senyora. I vinga, Anna, envia diners a casa. Vinga, Anna, neteja aquí. Anna, cuina això. Anna, aquí. Anna, allà. Anna. Anna. Anna. I tothom la demanava. Com si fos d'ells i no d'ella. Com enyorava la natura, els ocells i el poble, el carrer principal, i el petó de la mare. El seu marit el va conèixer un vespre d'envelat. Era mecànic de cotxes al barri i era guapo. Molt guapo. I ballava com els àngels. Ho van tenir clar al moment i es van casar. Els fills vingueren de pressa. I la guerra i la postguerra al costat del seu home fou menys feixuga, però no menys horrorosa. L'instint de supervivència l'ajudà i durant molt de temps aquells anys foscos quedaren tancats en la caixa de l'oblit amb pany i forrellat. Fou a partir de la jubilació que s'havia obert i ho recordava tot. Quins malsons. La mort de l'Albert tampoc va ser fàcil.

La Dolors la desperta de la becaina. Li mostra les galetes i la llet del berenar i promet un passeig abans del sopar. Que n'és de maca aquesta Dolors. Sempre li demana les històries de joventut. L'Anna s'hi recrea. I a la Dolors li encanta. Se l'escoltaria eternament. I pren notes. L'Anna no acaba d'entendre com pot ser que li agradin tant les històries que li explica si, de fet, són històries de poble, del seu poble. I de Barcelona. A qui pot interessar? I se li escapa un riure entremaliat que es tapa amb les mans. Creu que la Dolors més que les seves històries, el que necessita és estar amb ella. I a l'Anna això li agrada. I riu, perquè l'Anna també la necessita. I així passen els dies i la vida. I ja és això. Passar, anar fent i estar. Compartir i respirar. Gaudir si es pot. La feina ja la té feta. Els fills i els nets són la seva felicitat. Els fills sobretot. Les coses com siguin.

El passeig ha acabat i la Dolors l'acompanya a l'habitació. Descansarà una estona

abans de sopar. I demà, que és diumenge, a l'hora de berenar toca xocolata desfeta. A l'Anna se li fa la boca aigua. Que bona que és aquesta xocolata. I el gruix és perfecte per sucar melindros. Demà quan parli amb la Marta li explicarà com són de bons els berenars de diumenge a la residència.

L'autora

(Barcelona, 1973)

Escriptora de relats, cinc dels quals han estat premiats en diferents certàmens. Les meves obres tenen un eix vertebrador al voltant de la figura de la dona. La meva primera novel·la està cuinada a foc lent i preparada per sortir del forn. Es diu Serra i espero que us agradi.

Cuando entré en el salón, la policía ya había acordonado el lugar. Se trataba de un piso de mala muerte en la periferia de la ciudad, escenario habitual de las investigaciones a las que se me asignaba. No era mi primera vez en un caso de asesinato, posiblemente era la detective más experimentada de todo el distrito en crímenes de sangre, pero entrar en el escenario de los hechos siempre me hacía estremecer. El cuerpo de la víctima se encontraba al lado del televisor, en el suelo, con las piernas extendidas y la espalda contra la pared. La sangre emanaba del pecho en todas direcciones. El inspector jefe estaba de pie, cerca de la víctima, dando instrucciones a otros dos policías de nuestro distrito.

—Diga a la vecina que llamó para avisar que mantenga discreción, estoy hasta las narices de tener a esos periodistas pegados a la nuca mientras intentamos resolver estos asesinatos. Creo que mencionaron a la señora del cuarto tercera, pero asegúrese primero.

—Sí, señor. —El más alto de los dos oficiales escribía firmemente en un bloc de notas desgastado, acto seguido salió por la puerta del salón dispuesto a cumplir la orden.

—Y usted —se dirigía ahora al otro compañero, canoso, algo más menudo que el anterior, pero se intuía la musculatura por debajo del uniforme— vuelva a la comisaría y revise los antecedentes penales de la víctima. Si es otro violador exconvicto, ya tenemos al cuarto en lo que va de mes.

—No hará falta, inspector. —Mis palabras detuvieron al policía antes de que cruzara el umbral de la puerta. El inspector giró la cabeza hacia la entrada del piso, casi sorprendido de encontrarme ahí a pesar de que formáramos parte del mismo equipo de trabajo.

—¿Está segura de que es otro de los suyos, detective?

«De los míos», así llamaba el inspector a la oleada de criminales que yo había capturado. Violadores exconvictos de nuestro distrito, algunos habían torturado a niños, la mayoría a mujeres; a todos se les había reducido la pena por buen comportamiento en la cárcel. Desde que entré en el cuerpo de policía mi fama me precedía: tenía el índice de captura más alto del país, pero lo único que me diferenciaba de cualquier otro detective era mi determinación de encontrar a los culpables. Para mí, esos casos no eran otro nombre más que añadir a la interminable lista: Sandra, Marta, Diana, Billy, cada uno de ellos era una vida truncada por la voluntad de un loco, o de un cuerdo desalmado, ninguno de los cuales pertenecía a nuestra comunidad.

El día que entendí que el crimen era inherente a toda sociedad, mi infancia se esfumó antes de lo debido para dejar paso a un ferviente deseo de querer formar parte del lado contrario de la balanza. Encontré mi lugar en el cuerpo de policía, así estaría cerca de los hechos y tendría capacidad de actuación. La siguiente decepción me la llevé ya en uniforme: una vez capturábamos a los criminales, las prisiones ni los reformaban, ni los retenían por tiempo indefinido. Cuando veía los cadáveres de esos violadores exconvictos, a los que se les había reducido la pena por convenciones del sistema y volvían a campar libremente a sus anchas por nuestras calles, no sentía ninguna pena: esos seres habían causado más dolor del que debieran y no merecían la empatía de nadie. Eran ratas, y morían como tal.

El inspector y el policía me miraban fijamente, esperando mi respuesta, como si ese instante de silencio hubiera detenido el girar de la rueda de hámster y ambos, con la misma expresión de aturdimiento que un roedor asustado, esperaran que mis siguientes palabras les liberaran de aquel desconcierto.

—Recordaré esa cara más tiempo del debido, inspector. Este es el desgraciado que secuestró a la niña de la calle Carabantes y la asesinó atropellándola varias veces. Pero no tome mi palabra por cierta, fíjese en la mano izquierda —le señalé el brazo de la víctima que se encontraba más cerca, la sangre resbalaba por las costuras de la vieja camisa hasta llegar al puño cerrado, en el que se encontraba un tanga de lencería fina color rosa palo—, es la seña de la asesina.

—Fascinante vista, detective Ámbar. No dejo de admirar su capacidad para discernir lo superfluo de lo esencial en períodos de tiempo tan breves.

Acepté el cumplimiento impasible. El inspector levantó la cabeza para mirar al techo. En el centro de la sala un charco goteaba sangre sobre otro charco que se había formado en el suelo, como si fueran una pareja de estalactita y estalagmita carmesíes. El inspector resopló.

Todavía me cuesta creer que unos crímenes tan violentos hayan sido cometidos por una mujer... Esos charcos en el techo... Sigo sin entender...

Si al inspector le sorprendía de qué somos capaces las mujeres, más me seguía fascinando a mí su sorpresa, aunque era cierto que la mayoría de asesinatos de esa serie habían sido particularmente sangrientos. Tres semanas antes, a pesar de llevar años trabajando en las calles más tétricas de la ciudad, el inspector quedó impactado al encontrar a la primera víctima ensartada en un pincho de la verja metálica de la entrada, y el dramatismo no decayó en los siguientes escenarios, algo que pareció calar en el

espíritu del cuerpo de investigación y también había despertado el interés de los periódicos nacionales más importantes. En lo que a mí se refería, trabajar con el inspector no era agradable, pero no quedaba más remedio, estaba asignada a su equipo por orden del comisario y no me iba a quejar: me convenía tener acceso al caso.

—Hernández —el inspector se dirigía ahora al policía que aún estaba de pie observando—, diríjase de todos modos a la comisaría para confirmar los antecedentes de la víctima.

Mientras el oficial desaparecía por la puerta, el inspector se acercó al cuerpo de la víctima. Una mueca de desaprobación se dibujó en su rostro.

—Bueno, detective, si entendemos que nos encontramos ante otro asesinato del caso Wanninkhof, es probable que...

Un ruido proveniente de la ventana nos sobresaltó. Al girarnos vimos como el viento hacía golpear el cristal contra la madera del marco: no la había cerrado bien al salir y ahora el inspector sospecharía de mi plan de huida. Presa del pánico, de un impulso conseguí llegar a la ventana antes que él. Apoyé las manos sobre el marco y saqué medio cuerpo para mirar a ambos lados de la calle, aparentando un apremiante interés en la oscuridad de aquellos callejones.

—Pero, por Dios, detective, ¿cómo puede ser tan afilada para unas cosas y tan poco cuidadosa con otras? No puede seguir dejando sus huellas en los escenarios de los crímenes, las suyas y las de las víctimas son las únicas que hemos encontrado hasta ahora. Una vez más y me destituirán por no haber sabido dirigir el equipo asignado a la investigación.

—Disculpe, inspector.

Cerré la ventana de un golpe seco y me alejé. Disimuladamente miré las palmas de mis manos: había manchas de sangre seca, no sabía si de aquel pequeño incidente con el inspector o había sido tan estúpida de no lavarme bien en el baño de la gasolinera. Aquel día habían encontrado el cuerpo demasiado rápido. Al tratarse de un edificio viejo, tanto la ventana como la escalera de incendio habían causado un gran estruendo cuando intentaba escapar. Al escabullirme por el callejón vi a la vecina del cuarto asomarse para intentar encontrar la fuente del ruido, por poco no me pilló huyendo.

Recibí la llamada del cuartel cuando apenas había entrado en los baños de la gasolinera a cambiarme. Mi hora de matar eran las diez de la noche. Media hora después, la recogida de basuras se llevaría la ropa y los guantes manchados. El arma del crimen siempre se quedaba en el escenario: un cuchillo cualquiera de la cocina de la víctima.

En una bolsa de deporte guardaba diferentes botes de quitamanchas y el uniforme de trabajo, con un mechero en el bolsillo. Fumar tras acabar la faena me ayudaba a calmar los nervios.

—Bueno, detective Ámbar, como le decía, si asumimos que es de la misma serie de asesinatos, la víctima es un violador exconvicto al que le redujeron la condena por buen comportamiento. Eso haría un total de cuatro víctimas en lo que va de mes. Asumimos que el asesino es una mujer por la ropa interior femenina y porque, en el segundo asesinato, un vecino que estaba fumando en el balcón vio una forma femenina salir de la casa sobre la hora del crimen.

Ah sí, aquel maldito vecino. No tenía nada mejor que hacer que estar en el balcón una noche de invierno en la que habían bajado las temperaturas. Mientras testificaba en comisaría temí que de repente se levantara y se pusiera a gritar como un poseído: «¡Es ella! ¡Esta es la mujer que vi salir por la puerta esa noche!», pero, además de gastarse mala vista, el viejo solo atisbó a ver mi silueta a contraluz.

El inspector siguió enunciando los detalles del caso, que no eran más que hechos objetivos sacados del informe mezclados con muchas hipótesis erróneas. Desde luego, en la comisaría no se encontraban ni medianamente cerca de entender el motivo de los asesinatos: era en momentos como ese cuando más se notaba la ausencia de mujeres en el cuerpo de policía. Lo primero que hizo el inspector fue ordenar investigar los manicomios para averiguar si había habido alguna fuga, buscando lo que él llamaba «una histérica». Si supiera que ese término llevaba más de un siglo caducado, que en realidad se atribuía erróneamente a mujeres infelices en sus matrimonios, y que las locas no eran elles, sino la sociedad en la que vivían... Pero el inspector no entendía más allá de lo que veía y conocía, y lo que más conocía el inspector eran salones comedor con gente sangrando muerta en las esquinas, normalmente por disputas de drogas. Posiblemente él, por gajes del oficio, no soñase con unos parques verdes y limpios donde niños y niñas jugasen sin miedo a que un desconocido les llevara a un lugar oscuro, ni con unas calles nocturnas donde las chicas y las mujeres paseáramos sin miedo y sin importar la hora, tranquilas de no aparecer horas más tarde, si es que aparecíamos, en algún descampado del polígono industrial. El sistema judicial no era lo suficientemente duro, por eso había que terminar el trabajo que yo misma había empezado al conseguir incriminar a aquellos miserables.

—Ah, al fin llega la policía científica. —El inspector se apartó para dejar pasar a un hombre y una mujer cargados con cámaras, pequeñas bolsas de plástico y demás material aislante—. Tengan especial cuidado con la ventana del salón, la detective Ámbar ha tenido un tropezón.

Los operarios numeraron e identificaron diferentes manchas de sangre esparcidas por el apartamento. Poco después entraron los tipos de la morgue cargando una camilla. Metieron el cuerpo de la víctima en una bolsa de plástico negra del tamaño de un adulto, dejando en el suelo un hueco impoluto rodeado por una marca de tiza. Salieron por la puerta llevándose los restos de lo que algún día había sido un niño inocente antes de ser corrompido por la sociedad, las hormonas, o Dios sabe qué sustancias químicas. El inspector les siguió, dejando atrás el escenario de un crimen que a simple vista no parecía diferente de cualquier otro. Miré hacia la ventana de soslayo y salí de un edificio que no volvería a pisar jamás. En aquel momento yo no era consciente de que aún podría ejecutar tres asesinatos más antes de que mi montaña de errores fuera demasiado alta para seguir escabulléndome. Mi trayectoria saltándome la ley era más breve que intentando hacerla cumplir, y me penalizó la inexperiencia. La última vez llegué demasiado tarde a la escena del crimen: encontraron un pelo, que los técnicos de laboratorio después identificarían como mío, cuando yo aún no había pisado el lugar. En cuanto empezaron a tirar del hilo fue muy difícil defenderme. Pero tampoco estaba excesivamente preocupada: me aseguraría de tener un buen comportamiento en la cárcel, seguramente me rebajarían la pena a mí también. Al salir, igual que ellos, podría seguir dedicándome a lo que me había metido entre rejas, al menos hasta que volvieran a atraparme. Además, en la cárcel seguro que conocería a mujeres que simpatizarían con mi causa...

L'autora

Estudié Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona. Poco después inicié una carrera como jugadora profesional de videojuegos, terreno en el que conseguí hacerme un nombre a nivel internacional. En el presente trabajo como profesora de idiomas y estudio Psicología en la UNED. En mi tiempo libre escribo poemas, y estoy a punto de terminar mi primera novela.



D'un rampell, vas resoldre que enguany podies evadir-te una bona estona de les teves obligacions i participar de la diada del comerç nocturn en què aquesta vila irrompia amb noves apostes estiuenques obrint les botigues en horari excepcional fins a la mitjanit. Un cop més, els carrers acolliren nombrosos visitants atrets per aquesta idea festiva del shopping night i, alhora, per les promocions especials que s'hi oferien. Com a colofó, el sorteig d'uns vals de compra entre els assistents i, fins i tot, un desplaçament de cap de setmana a la Costa Brava per a assistir a una passarel·la de moda. Una oportunitat agradable que l'any anterior s'havia plantejat com a assaig i que va respondre prou bé a les previsions dels organitzadors.

Sens dubte, la bona acollida d'aquesta diada en qüestió afavorí la proposta de fer també la nit de la fira artesanal, cosa que es va dur a terme unes setmanes després, coincidint amb el ple de l'estiu.

El fet que haguessis decidit fer obres a la taverna i que durant un cert temps no s'hi pogués treballar de cara al públic et permetia gaudir en aquell moment d'una activitat engrescadora i disposar d'unes hores per a distreure't sense necessitat de feinejar l'endemà, ja que en el fons esperaves que d'ara endavant el nou establiment en construcció, una mica més ampliat, no et deixés gaire marge per a dedicar-te al lleure. Això seria un bon senyal, un indicatiu que els teus raonaments privats de tants dies havien derivat en un encert vers el que preveies per al teu futur.

Feia mesos que s'havia mort l'àvia, el penúltim membre del conjunt familiar, i aquell negoci emblemàtic ubicat a la zona comercial, que datava de finals del segle XIX i que lluïa un distintiu sobre l'arc de la porta per la seva antiguitat, passà a les teves mans amb la certesa de saber que podies fer-te'n càrrec seguint la mateixa línia que havies vist a casa. Potser tu no tan versada en l'enologia com gran part dels teus avantpassats, però sí amb l'experiència d'haver treballat al costat d'ells presenciant els seus coneixements, la seva atenció acurada i la lluita constant per a oferir la millor relació qualitat-preu del producte posat a la venda. L'àvia et recriminava sovint que, si t'havies llevat amb mal peu, no encertessis a somriure al comprador i que el rebessis amb cara de pocs amics, ja que el bon tracte era, segons recalrava, el principal punt a tenir en compte a l'hora d'atendre el client. La dona proclamava sempre la generositat d'un somriure com una actitud prevalent també vers l'entorn, fossin quines fossin les circumstàncies personals del dia.

Així que, després de donar força voltes al tema d'ampliar el negoci, pel que suposava d'enrenou i de despeses, vas deixar que aquell àmbit enrarint amb l'olor de les botes, dels vins i dels licors, l'olor que impregnava l'espai on havies crescut, conservés el seu aire típic de taverna. Ara, a més, hi hauria un nou parament de tauletes amb forma de fulla de parra i cadires amb les potes amb forma de ceps; i penjats en un angle, com a distintiu de la casa, uns bells carrassos de raïm. Hi afegiries un toc encara més ancestral decorant un pany de paret amb unes quantes làmines emmarcades que reproduïen uns cellers de l'edat mitjana; mentre que a la banda oposada vas assignar-hi un toc més íntim amb alguna fotografia en blanc i negre dels pares, dels avis i dels besavis regentant el negoci en diferents èpoques. Fotografies que s'havien fet en el marc de la porta i darrere el taulell on les dones de la família, joves en un principi i després de més grans, sempre somreien.

Tot passejant sense presses per l'extensió de paradetes, il·luminades a deshora com una nit d'estels sota els porxos emblemàtics de la vila, et vas aturar en un apartat de caire exòtic que destil·lava cert aroma subjugant d'encens de sàndal. I entre la gent encuri-oxidada per la novetat que es brindava a aquelles hores, també tu vas sentir-te captivada pels articles tan diversos que s'hi exhibien d'altres cultures, distribuïts en abundància pels estants improvisats o emergint desordenadament dels baguls i dels cofres semioberts, com si fossin les restes d'un naufragi surant sobre les aigües enigmàtiques d'un oceà.

Més enllà, en un racó diferent dedicat exclusivament a l'Àfrica, a través d'una mostra de múltiples objectes treballats artesanalment per dones de distintes ètnies, vas trobar, entre collarets i polseres, teles i màscares rituals, talles de fusta i pintures decoratives, un cistell summament atractiu, en part per la laboriositat del seu entramat, però sobretot per la vivesa del seu matís cromàtic, atès que duia estampat el dibuix vibrant de la flor del desert regnant bellíssima en el seu hàbitat. Al peu de l'arbust, apareixien escampats alguns pètals de color rosa intens que s'havien després de les seves flors seductores, com taques enceses que alteraven el to bronzejat de la terra.

D'improvís, es va establir una connexió estranya, recòndita, tal volta de caire paranormal. I a través de la vibració que tot allò et transmetia, vas sentir com si captessis de forma instantània l'encís potent d'aquell apartat misteriós, just en el punt on es trobava exposat el cistell al costat d'altres cistells bastant similars, si bé decorats, en aquest cas, amb dibuixos de baobabs o de palmeres. Tot aquell aplec, col·locat al bell mig de les flames titil·lants d'unes espelmes blaves i envoltat de mocadors alats, esdevenia quelcom indefinible que anava més enllà de l'article femení que seduïa els teus ulls expectants...

Potser percebies el so dels tambors llunyans o de les danses rituals, potser el silenci del desert o la feredat de la selva, potser el crit de la sabana. En qualsevol cas, l'esperit de l'Àfrica exhalant la seva màgia.

El cert és que, guiada per un impuls que no admetia dubtes, vas comprar aquell cistell a tall d'ofrena per a tu mateixa, com un detall llampant de la nova etapa que començaries en breu dirigint el conjunt de la taverna i el pati adjacent, cosa que reafirmava el teu entusiasme pel negoci i les innovacions que cap dels avis no havien vist mai clares. I en abonar l'import d'aquell objecte únic, et van obsequiar amb un llibret on figuraven un seguit d'imatges de dones africanes lliurades amb senzillesa a les tasques artesanals més diverses. La dona que ocupava la portada lluïa un somriure a flor de llavis malgrat els solcs del seu front i les clivelles de les seves mans. Et va impactar la generositat d'aquell somriure que es regalava fossin quines fossin les circumstàncies personals del dia. I vas pensar que, probablement, una dona del camp com aquella que, a pesar de la terra àrida, les males herbes i les condicions més adverses, encara seria capaç de reunir una collita...; una dona com aquella que recorria llargues distàncies, amb els peus nus, per tal d'obtenir una provisió d'aigua del pou per al poblat; una dona com aquella que posseïa un esperit profund de comunitat, amb capacitats inimaginables desplegades en múltiples activitats del dia, i amb la facultat de sobreviure en condicions hostils; de segur que una dona com aquella, qualsevol migdia, cercant una ombra sota el sol intens de l'Àfrica, també hauria confeccionat un cistell com el que ara et pertanyia amb tota la força d'un significat ocult que intentaves desxifrar.

Un cistell no gaire gran..., indicatiu, potser, que no calia tampoc un gran contingut per a sadollar les necessitats de la jornada; que un pes lleuger era fàcil de transportar i gens complicat de distribuir; que res del seu interior no quedaria arraconat, ni es faria malbé, ni s'hauria de llençar; que la moderació no implicava pobresa ni avarícia sinó saviesa. Un cistell... potser amb un toc més fantasiós que pràctic, com una teràpia innocent amb què pintar de colors el dolor més recòndit; alegre, atractiu, ben adornat, i tant que sí! Perquè la il·lusió que es transmet a través dels colors és, arreu del món, com un somriure.

Vas deixar la paradeta sentint-te molt satisfeta, mentre comprovaves que podies tancar el cistell de la manera més bàsica, amb un simple branquilló introduït dins d'una anella que emulava alguna divinitat africana emmarcada dins de la resplendor de la lluna plena. O sigui, la custòdia del cistell com a propietat física dipositada en mans del món espiritual que tot ho protegeix i que tot ho governa. Qui sap si també amb el missatge afegit que el cistell no acollia un contingut indivisible, sinó molt fàcil de ser

extret i compartit sense pensar-s'ho gaire, tot seguint una altra filosofia de vida més despresa. Esperaves que en breu tindries l'oportunitat d'estrenar aquella adquisició tan original que, malgrat la seva aparença popular, delatava també el bon gust creatiu de l'ànima femenina que s'hi amagava, la qual tenia el do de manifestar-se esplèndida fins i tot en utilitzar el material més rudimentari.

Unes passes més endavant, visitares una altra àrea que no tenia res a veure amb l'anterior pel que fa a l'origen dels articles que s'hi mostraven. Anaves seguint el mateix itinerari sota els porxos gairebé a tocar de la gran esplanada de la font, des d'on senties molt propera la remor del riu que es revelava com un mantra que glatia des del fons dels sons misteriosos que imperaven en la nit. En una nova paradeta, et vas enamorar d'un conjunt de davantals al·legòrics de la teva feina, amb caricatures jocosos que feien esment a Bacus com a déu del vi i de la vinya, els quals s'ajustaven a la teva cintura amb un llaç perfecte, i que aviat servirien per a posar-te'ls en la nova etapa que emprendries, despatxant darrere del taulell o servint les taules en el pati annex. Vas somriure. Davantals divertits i un somriure. L'àvia, amb qui sempre t'havia unit una afinitat entranyable, estaria força contenta. Preocupada, sens dubte, per tot el risc que comportava el nou muntatge a la taverna, però feliç pel teu ímpetu jove que s'enfilava cada cop més com una febrada d'infància; aquell ímpetu que les generacions anteriors havien frenat en pro d'una tendència conservadora que amagava, sobretot, la por d'embrancar-se en noves apostes i després no sortir-se'n. Aquesta manera de procedir afavoria la seguretat, però també l'estancament. Tu tenies unes altres motivacions i sabies que, a través del teu esforç, podies aspirar a més. En realitat, no pensaves aturar-te només en aquella ampliació. El conjunt de la propietat era gran i admetia qualsevol canvi estructural sense que els teus dominis es veiessin afectats de forma significativa.

Mentrestant, la visió d'aquell cistell prodigiós sacsejava els teus pensaments..., els enllaçava amb imatges llunyanes d'altres indrets al ritme trepidant del folklore africà, i era com si el pas del temps s'hagués quedat sepultat sota la pols i l'arena del desert mentre bufava el xaloc, o glaçat per sempre sota les neus sempiternes del Kilimanjaro; un temps sospès a dalt d'una palmera infinita fregant els núvols, exànime al fons de les aigües fangoses dels pantans, extraviat sota el tapís frondós dels boscos tropicals, inerme a través dels camps de cotó o enmig dels camps de te...

A continuació, abandonaves el recorregut per diferents punts de l'Àfrica i et centraves, més serena, en la figura d'aquella dona del camp a la qual, segurament, haurien casat de molt joveneta. Per força el seu gran repte era forjar-se un oasi interior per a poder assumir el tragí ingent de cada jornada, amb el seu nadó lligat a l'esquena i sovint el

farcell al cap amb tot l'amàs de la collita. I ella seguiria endavant, aixecant-se de terra com ho havia après a fer sempre, com ho va fer en un temps llunyà amb la mutilació ritual de la seva part més íntima. Ella sí que s'aixecava, però potser cap dels seus somnis mai no gosaren enlairar-se i traspasar el sostre de palla.

Amb tot aquell cúmulo de percepcions que et convidaven a fer una reflexió profunda, era obvi que aquell cistell africà mereixia una atribució més rellevant que assumir el rol per al qual semblava predestinat. El fet d'anar a comprar amb el cistell penjat del braç era un grau massa superficial si tenies en compte tot el que atresorava en si mateix en aquell interior immens.

Per tant, en un dels prestatges interns del taulell, fora de l'abast dels clients, si bé tothora visible per als teus ulls, el conservaries present amb el dibuix d'aquella flor del desert exultant i el llibret senzill amb la imatge somrient d'aquella dona africana...

En mirar-lo, sovint evocaves l'estampa familiar d'aquelles parelles d'antany (pares, avis, besavis...) que lluitaren braç a braç, sense defallir, en un establiment cèntric de la vila; sense horari, sense descans setmanal, sense vacances, consagrant la vida al negoci, però fent gala d'una amabilitat innata que no evidenciava cap alteració. I agafaves aquelles dones properes al teu sentiment i les unies a aquella dona llunyana d'un poblament africà. En conjunt, des de llocs tan dispersos, eren un homenatge a totes les dones del món que, malgrat les seves cuites, encara oferien allò que mai no envelleix, allò que mai no perd el seu atractiu jove amb el pas del temps: el somriure, l'expressió més sublim de l'encant femení.

L'autora

Soc de Barcelona, vaig néixer l'any 56, i la meua vocació literària ve de lluny, des de sempre, de manera que quan vaig fer sis anys i el meu besavi em va preguntar què volia que em regalés, jo no ho vaig dubtar ni un segon: una màquina d'escriure! D'ençà de llavors, i teclejant amb un sol dit, vaig poder transcriure els meus relats, novel·les i poemes d'una manera més «professional». La il·lusió d'escriure ha ocupat, i segueix ocupant, un lloc essencial a la meua vida, i m'ha portat algun desencís i moltes sorpreses.

No hi havia res en aquest món que em relaxés més que veure l'àvia remenant l'olla de carn. Dempeus, davant dels fogons, amb una mà sostenia la perola i amb una cullera de fusta a l'altra feia cercles que semblaven no acabar mai. L'àvia era una dona baixeta, una mica grassa, amb els cabells grisos sempre recollits en un monyo. Feia més de deu anys que vestia de negre, jo mai l'havia vista vestida d'un altre color. Una vegada la mare em va dir que l'àvia vestia de negre perquè s'havia mort l'avi. Jo no entenia la relació entre ambdues coses, però, si ho deien els grans, algun motiu devia haver-hi. Quan l'àvia remenava l'olla no sé en què pensava, semblava que les seves idees s'enfonsessin al fons de la perola empeses per les onades de brou. De tant mirar-la, feia temps que m'havia adonat d'una cicatriu que tenia al costat esquerre del coll. Vaig preguntar a la mare com era que l'àvia tenia aquesta cicatriu i nosaltres no. Em va dir que l'avi havia deixat marques a l'àvia i que algunes se n'anaven i d'altres no. Quan vaig voler saber de què depenia que algunes se n'anessin i d'altres no, la mare em va dir que segons quantes ampolles s'hagués begut l'avi aquell dia. A casa teníem unes ampolles de vidre per a la llet. Vaig pensar que, si la llet feia que algunes persones deixessin marques a altres, per què en teníem a casa, i si potser era perquè ja no hi era l'avi que podíem tenir aquelles ampolles.

La mare gairebé mai era amb nosaltres. El pare treballava construint carreteres per tot el país i ella l'acompanyava. Jo em quedava a casa amb l'àvia i la resta dels meus germans, quatre diables, tots més petits que jo. Jo era l'única noia. Ser la més gran de tots tenia avantatges, però també inconvenients. La pitjor part era que em tocava ajudar els adults amb tasques de la casa mentre els meus germans jugaven al menjador o veien dibuixos animats. Llavors no hi havia gaires canals a la televisió, no sé com s'ho feien, però sempre trobaven quelcom amb què entretenir-se. Ser la més gran també significava que si ells no es comportaven, en certa manera, era també responsabilitat meva, així que havia d'estar a l'aguait, ja que a vegades algun dels meus germans intentava agafar unes figuretes de porcellana amb formes d'animals que tenia la mare guardades en una cristallera, i es podien trencar, com aquella vegada que el més petit de tots va aconseguir obrir la porta del moble, va agafar la girafa pel coll, i quan vaig intentar arribar per impedir el cop contra el terra, ja era massa tard. La mare es va enfadar amb mi, deia que havia d'ajudar els grans, que no podia continuar comportant-me com una nena. Vaig voler fer-li entendre que jo no havia agafat la figureta, que vaig veure el germà quan ja era massa tard, però, com que els més grans sempre tenien raó, vaig pensar que seria millor esforçar-me més per tal que no perdéssim cap figureta més.

El que més m'agradava de fer-me gran era que podia accedir a la immensa biblioteca del pare. La biblioteca era una habitació petita, estreta, amb paret nua a un costat i quatre prestatgeries gegants a l'altre. Al fons de l'habitació hi havia una finestra quadrada amb els cantons de fusta. Potser el fet que l'habitació fos tan petita i només dedicada als llibres era la raó del seu magnetisme. Cada un d'aquells llibres amagava històries, sentiments, confessions... Podia anar a la lluna, conèixer persones d'altres planetes, o voltar per carrers de ciutats que no sabia on paraven o si tan sols existien. Com que el pare era fora de casa bastant sovint, va explicar a l'àvia quins eren els llibres que jo podia agafar quan ell no hi fos: de les quatre prestatgeries, tenia total llibertat per agafar llibres de les tres primeres, però l'última, la que era més a prop de la finestra, es trobava fora de límits. Durant molt de temps no em vaig atrevir ni a mirar en aquella direcció, tampoc em preocupava el motiu pel qual jo no podia agafar aquells llibres: davant meu tenia oberta la porta a tres immensos prestatges plens d'aventures per viure. Al principi, quan el pare no hi era, l'àvia m'acompanyava a la llibreria i revisava el que agafava, però, com que acostumava a trigar tant a decidir-me, acabava deixant-me estar a l'habitació donant una ullada als lloms tota l'estona que volgués. Jo els agafava, mirava la portada, els obria, els olorava, pensant que aquell devia ser l'olor de la vida en si mateixa. N'escollia un, el terminava en un parell de dies, i tornava a l'habitació per un altre, preguntant-me si algun dia els hauria llegit tots, creient que aquells prestatges amagaven totes les paraules escrites en aquest món.

Un diumenge, mentre l'àvia era a la cuina i jo escollia un nou llibre, la finestra que estava al fons de l'habitació, que no devia estar ben tancada, va obrir-se de bat a bat amb una enfuriada del vent. Una dent de lleó va entrar flotant com si portés notícies importants. Els raigs brillaven sobre els llibres i feien que els lloms reflectissin la llum i els secrets que amagaven les seves pàgines. La lluentor d'un dels lloms del quart prestatge, el que es trobava fora de límits, em va cridar l'atenció sense voler. Era daurat, llis, com de vellut, i s'intuïen unes lletres gravades en forma de títol que jo no endevinava a llegir bé des d'on era. Vaig girar el cap en direcció a la porta darrere meu. Era entreoberta. Podia escoltar l'àvia des de la cuina, fregant els plats. Els meus germans eren a la sala d'estar, fent qui sap què. Vaig fer una passa per apropar-me una mica més a aquella balda de llibres del quart prestatge, a veure si podia llegir-ne el títol... Vaig tornar a mirar en direcció a la porta, amb por de trobar l'àvia al llindar mirant-me amb expressió severa. Continuava sentint el soroll dels gots i les forquilles xocant uns contra els altres. Vaig avançar una última passa. Des d'on era ja podia llegir les lletres gravades al llom. La plaça del Diamant. Per què el pare no volia que jo llegís aquest llibre? No semblava un títol perillós. Vaig estendre el braç i amb la punta del dit vaig tocar el llom

per sentir el tacte del vellut. De sobte el so del raig d'aigua des de la cuina es va aturar, al meu cap veia com l'àvia s'estava eixugant les mans amb el drap que era al costat de la pica. Vaig sortir corrent de l'habitació sense agafar cap llibre.

A la setmana següent, els meus pares van tornar de l'últim viatge de treball, per tornar a marxar en una altra direcció de la península al cap de pocs dies. Jo no havia deixat de pensar en el llibre daurat. Havia imaginat tantes històries que podia amagar aquell títol... És què hi havia una plaça feta de diamant? On es trobaria aquesta plaça, si és que existia? Devia ser tan bonica... Vaig intentar contenir la meva curiositat tant com vaig poder, però, abans que fos conscient, vaig deixar de pensar en el seu contingut i em trobava ideant la manera d'agafar-lo. Tenia un pla: entraria a la llibreria, agafaria La plaça del Diamant i el substituiria per un altre llibre de les primeres prestatgeries que tingués un gruix semblant, així el forat que faltés seria de la part de llibres que jo tenia permesa i l'àvia no sospitaria res. Era el pla perfecte. El millor moment per dur-lo a terme seria al migdia, després de dinar, quan l'àvia encara tingués plats per fregar, així podria guiar-me per l'oïda. Així doncs, quan vaig acabar de recollir els plats de la taula i l'àvia va obrir l'aixeta, vaig dir que anava a agafar un nou llibre mentre sortia embalada de la cuina. Sentia el nerviosisme que devien sentir els espies infiltrats o els corredors de carreres: una barreja entre entusiasme i por, entre vida i mort.

Vaig executar el pla tal com l'havia dissenyat. Un cop a les meves mans, La plaça del Diamant pesava més del que semblava, com si en comptes de pàgines hi hagués autèntics diamants al seu interior. Vaig cobrir el forat amb un llibre de la mateixa mida que ja m'havia llegit quatre vegades, i vaig sortir corrents en direcció a la meva habitació. Ho havia aconseguit. Ho havia aconseguit! Sota la manta del meu llit abraçava el llibre amb ambdues mans, estrenyent-lo fort contra el meu pit, que batia com boig del vertigen de saber que estava fent una cosa que no devia. Però això era el que volia esbrinar: el motiu pel qual no devia llegir aquest llibre. Què era allò que s'amagava a l'altra banda de ser petits?

Vaig començar a llegir-lo de seguida, i igual de ràpid em van enganxar les seves pàgines. Tractava d'una noia que, per com parlava, també semblava petita, però explicava coses de les relacions dels grans que em costava entendre. Com més avançava el llibre, més patia per ella. D'alguna manera, desitjava que la Natàlia no fos real i que no hagués sofrit aquestes situacions, però a la vegada els seus sentiments semblaven tan sincers... Ens vam acabar fent amigues, tant que quan vaig acabar el llibre vaig tornar-lo a començar. No volia desar-lo a la prestatgeria, volia quedar-me sempre amb la Natàlia: sentia que, mentre llegís les seves pàgines, jo seria amb ella per protegir-la.

De veritat hi havia algú en aquest món que havia patit tant com ella?

Un dia l'àvia em va sobresaltar mentre llegia amagada sota els llençols del meu llit. Cridava el meu nom perquè volia que l'ajudés a estendre la roba al terrat. Vaig pujar les escales de l'edifici amb ella, preguntant-me si sabia que havia agafat el llibre, o si potser ella coneixia la Natàlia. Un cop al terrat, em va demanar unes pinces de les grans per sostenir amb fermesa les tovalloles a la part alta de l'estenedor. Vaig anar al cistell per agafar-les i, quan vaig voler donar-les a l'àvia, va succeir, com quan arriba la primavera i una flor decideix obrir-se i mostrar els seus colors, un fet que només es pot atribuir a la màgia.

Mentre l'àvia, damunt del tamboret, allargava la mà per agafar la pinça que jo li aprovava, el seu monyo es va començar a desfer. Els seus cabells grisos, més llargs del que semblaven quan eren recollits, van baixar en cascada per la seva esquena com si foren plomes. La seva bata negra, ara viva per la mort de l'avi i pel tornar de la brisa, queia com si foren ales plegades unes sobre les altres, preparades per sortir volant al menor buf. Davant meu, envoltada pel so dels murmuris, atemporal com el dibuix d'un nenúfar, l'àvia va adoptar una forma majestuosa: la forma d'una coloma.

L'autora

Estudié Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona. Poco después inicié una carrera como jugadora profesional de videojuegos, terreno en el que conseguí hacerme un nombre a nivel internacional. En el presente trabajo como profesora de idiomas y estudio Psicología en la UNED. En mi tiempo libre escribo poemas, y estoy a punto de terminar mi primera novela.



Relats breus
Any 2023

Composició del jurat 23è premi - Any 2023

MEMBRES DEL JURAT

Cristina Maza Carruesco

Cap del Departament de Cultura de l'Ajuntament de Sant Joan Despí.

Llum Torrens Garcia

Esriptora i representant del Racó de Dones Escriptores de Sant Joan Despí.

Roser Lleixa Parellada

Esriptora i representant del Racó de Dones Escriptores de Sant Joan Despí.

Sandra Colavidas Cesana

Esriptora i representant del Racó de Dones Escriptores de Sant Joan Despí.

Mireia Roselló Gargallo

Directora de la Biblioteca Mercè Rodoreda de Sant Joan Despí.

Pilar Garcia Fernández

Professora de llengua castellana i literatura
de l'Institut Salvador i Pedrol de Sant Joan Despí.

Noemí de la Hera Solé

Agent d'Igualtat de l'Ajuntament de Sant Joan Despí.

Obres premiades
2023

Primer premi, *Espectora de Sant Joan Despí*
La princesa ha cumplido 4.300 años
d'Ascensión García Gómez

Primer premi, *Espectora de fora de Sant Joan Despí*
El joc de la lluna plena
de Nora Nadal

Primera finalista
(relat desqualificat)

Segona Finalista
La mirada
de Montserrat Gil i Casals

Tercera finalista
Estimar en el temps
d'Isabel Roc Català

Quarta finalista
La vida, un xou
de Marta Graell Gabriel

Ya estaba confirmado. Natalia se iba de ERASMUS a la Universidad de Heidelberg para completar su Grado en Estudios Clásicos y Románicos. No había sido fácil para aquellos a los que la pandemia había fracturado su vida universitaria, y también su vida familiar, puesto que la pandemia se había llevado a su abuela. Nunca hubiera imaginado que el día que ella cumpliría 20 años, se decretaría un confinamiento y menos por una pandemia. Le gustaba escribir historias y le gustaba inventar fantasías increíbles, pero esta vez la realidad superaba la ficción.

—¡Lo he conseguido! ¡Me voy a Alemania! ¡Me voy a Heidelberg! —dijo a sus padres.

No conocía Heidelberg, pero había estudiado alemán desde pequeña y visitado otras partes del país germano. Su madre, profesora de Historia, le había hablado de la Universidad de Heidelberg.

—Es la mejor y más antigua universidad de Alemania y considerada de las mejores del mundo. Muchos de los premios Nobel han salido de esta universidad, que se fundó en 1386. Y en la actualidad tiene más de 25.000 estudiantes.

Natalia estaba emocionada y sabía que, para su carrera, esta universidad ofrecía innumerables posibilidades. Acabaría de hacer allí los créditos que le faltaban para acabar su cuarto curso y quién sabe si, una vez allí, también podría hacer el TFG o el máster.

Los primeros días de adaptación, en los que se supone que todo es más complicado, no fueron así para nada. El recibimiento por parte de los compañeros, tutores, la información, la instalación en la residencia, en fin, absolutamente todo estaba perfectamente programado y organizado para que en ningún momento se sintiera perdida sin saber a dónde ir.

—¡Hola, soy Sofía! Tu compañera de habitación.

—Natalia, de Barcelona, vengo a acabar mi Grado de Estudios Clásicos.

—Yo también he hecho Estudios Clásicos y de la Antigüedad en Madrid y en Granada, que es de donde soy. Empiezo un máster de asiriología.

—¿De qué va exactamente?

—Bueno, también se puede llamar sumeriología. Es el estudio de las primeras civilizaciones, Mesopotamia, Asiria, Sumaria, Babilonia, y todo lo que hay en torno a ellas: cómo se urbanizaron, la primera escritura, la religión, la política, las guerras, etc.

—Eso a mi madre le encantaría. Es profe de Historia y le encanta la Antigüedad en

todas sus vertientes. A mí por supuesto también, ella es la culpable de convertirme en una apasionada de mi carrera. Creo que tenerte de compañera va a ser un referente para mí. Igual me aclaras un poco las ideas para mi TFG.

—Sí, hemos tenido suerte de coincidir haciendo los mismos estudios.

El primer día de clase, Natalia escogió la bancada del extremo con el pasillo a su derecha. El profesor empezó la presentación y unos minutos después llegó un chico alto, moreno y de ojos claros, que, lejos de llamarle la atención por su buena planta, a Natalia le incomodó que llegara tarde y le hiciera levantarse para sentarse a su izquierda, ocupando la silla vacía.

—¡Hi, I'm Noah from Philadelphia!

—Natalia, de Barcelona —contestó, al mismo tiempo que hizo señal de silencio poniendo su dedo en la boca. Después siguió mirando al profesor para intentar no distraerse y seguirlo en ese inglés extraño que no acababa de identificar.

El profe, haciendo alarde de improvisación y suponiendo que, por ser el primer día, aún no se conocerían los alumnos entre sí, explicó cuál iba a ser el primer trabajo en equipo.

—Podéis escribir vuestro nombre en un papel y el de la persona que tengáis a vuestra derecha y me los vais dando. —Cuando reunió todos los papeles, añadió—: Fijaos bien en la persona cuyo nombre figura junto al vuestro, porque es vuestro equipo de trabajo.

A Natalia no le hizo demasiada gracia, digamos que la primera impresión no fue muy buena, y la experiencia que había tenido el curso pasado con dos de los trabajos en equipo la obligó a hacer el 70 % del total, por incumplir el resto con su parte. Salió disparada de clase. Tenía un descanso de treinta minutos y la siguiente clase era en el otro edificio.

—¡Natalia! ¿Puedes darme tu teléfono? Somos equipo de trabajo. ¿Recuerdas?

—¿Hablas español?

—Sí, un poco. Pero si prefieres hablar en inglés o en alemán...

«¡Dios!», pensó Natalia, «este va de sobrado y me ha tocado a mí enterito».

—Dame tu número y ahora yo te hago una pérdida. Tengo prisa, tengo otra clase en el otro edificio. —Le dijo, mientras caminaba pensando «ya te la haré, cuando me vaya a mí bien».

Natalia caminaba deprisa, aún no había tenido demasiado tiempo para visitar Heidel-

berg, pero al cruzar la plaza de la universidad quiso pasar por delante de la piedra que marca el lugar donde, poco después de que Hitler llegara al poder, los estudiantes de la universidad más liberales quemaron públicamente aquellos libros de autores prohibidos por los nazis, como Karl Marx o Sigmund Freud. La placa tenía una cita inscrita que decía: «Lo que una vez se ha impreso pertenece al mundo entero a perpetuidad. Nadie tiene derecho a destruirlo».

Natalia tenía tanta facilidad para abstraerse a la imaginación que, por un breve espacio de tiempo, imaginó lo que debieron vivir aquellos estudiantes en esos momentos y hasta percibió la sensación de olor a libros quemados. Su madre le había contado siempre la historia como un cuento y así era como ella la imaginaba. Solo que en la historia no todos los cuentos tienen final feliz.

—¿Te imaginas la rabia que debían sentir los alumnos cuando los nazis prohibieron muchos de los que seguramente eran sus autores favoritos y como prefirieron quemarlos y arrojarlos a la hoguera antes de que se los llevaran los nazis?

—¡Noah! ¿Me estás siguiendo?

—Yo también tenía que venir hacia aquí, pero has salido tan deprisa que no me has dado tiempo a decírtelo y tampoco me has hecho la pérdida.

—Justamente me estaba imaginando esa escena mientras leía la inscripción. Es todo tan viejo, está todo el escenario tan bien conservado que es muy fácil imaginarse aquí escenas del pasado.

—Sí, aunque la ciudad se reconstruyó en 1693 después de ser devastada por los franceses, sin embargo, mantiene este aspecto barroco intacto desde entonces porque al contrario del resto de Alemania, que fue devastada casi en su totalidad, en la Segunda Guerra Mundial, esta ciudad salió indemne.

—¡Vaya! Veo que estás puesto y tienes un español bastante aceptable. —Sonrió.

Natalia era buena en historia, por supuesto, antes incluso de pedir plaza en la Universidad de Heidelberg, se informó, leyó y repasó todo lo que tenía relación con esta ciudad, con su historia, costumbres, tradiciones... Y conocía toda esa información.

—Oye, por cierto, tú... ¿Tú qué estás estudiando aquí?

—Yo he estudiado Arqueología, centrada en las primeras civilizaciones, y ahora estoy haciendo unos créditos de Historia Clásica, hasta que empiece el máster.

—No sé si tengo que entrar por allí —dijo Natalia señalando la entrada de la derecha.

—Si me acompañas, que solo quiero coger información sobre una conferencia, yo te acompaño después. Hay unos pasillos laberínticos que unen el edificio antiguo y el nuevo y no es fácil la primera vez.

Natalia asintió y siguieron hablando hasta llegar al salón en el que había una pared llena de expositores con trípticos y folletos de información de todas las actividades. Noah se fue directo al que buscaba, y al leerlo pensó en voz alta: «Vaya, la conferencia fue ayer». Natalia cogió uno de cada de derecha a izquierda, incluida la fila de abajo.

Noah se quedó mirándola sorprendido y Natalia aclaró:

—Es una manía que tengo desde que era pequeña, ya cuando acompañaba a mi madre al banco, cogía todos los folletos informativos y los leía en casa, también lo hago cuando voy a un hotel o a una oficina de turismo. Que no sea por falta de información.

—Bien, pues ya me dices si hay algo de interés.

Por primera vez, Natalia le hizo una mueca parecida a una sonrisa y se dirigieron hacia los pasillos que llevarían hasta la clase de Natalia.

Cuando regresó por la tarde a su residencia y empezó a mirar todos aquellos folletos, trípticos y demás papeles, no parecían de mucho interés. Conferencias filosóficas, poesía, literatura, algún concierto y otros que ya habían caducado, así que los tiró a la papelera. Pero antes de dejarlos caer vio uno que estaba en la papelera, debía ser de Sofía y le llamó la atención.

«Los primeros textos escritos de la humanidad estaban firmados por una mujer llamada Enheduanna 2.500 años a. C. Te invitamos a la conferencia que tendrá lugar en la Sala de... el día...» —ayer, fue ayer —dijo Natalia cogiendo el folleto. Se puso a leer todo lo que decía e inmediatamente sintió una curiosidad imperiosa y unas ganas imparables de conocer algo más de esa misteriosa Enheduanna, preguntándose por qué narices no había sabido antes nada de su existencia. Abrió su portátil y se puso a indagar. Al rato llegó Sofía.

—¡Hola, Sofía! ¿Fuiste ayer a esta conferencia? —dijo enseñándole el folleto.

—No, no pude, pero me interesaba mucho saber sobre los textos que Enheduanna escribió en cuneiforme. ¿Sabes que eran tablas de arcilla escritas con signos que no sobrevivieron al tiempo? Pero hay copias que se hicieron hacia el 1800 a. C. en las que aparece su nombre como autora.

—Pero estamos hablando de una mujer que vivió hace más de 4.300 años. Si no me equivoco, en la antigua Mesopotamia, no se llevaba lo de firmar el texto con el nombre

del autor y la mayoría son anónimos. Yo no sabía de la existencia de esta señora y el rato que llevo buscando información sobre ella... ¡Estoy flipando!

—Bueno, yo tampoco tengo demasiada información sobre ella. Pero me está picando la curiosidad. —Dijo Sofía abriendo su portátil.

Las dos se pusieron a investigar como si de pronto el espíritu de Enheduanna, una mujer que nació en el año 2286 a. C. y murió en el 2251 a. C., se hubiera metido en sus vidas de jóvenes progresistas, con intereses históricos comunes.

—Esta «señora», como tú la llamas, no era una señora cualquiera —comentó Sofía—. ¿Has leído esto? «Hija del rey Sargon I, fue princesa y nombrada por su padre como suma sacerdotisa, asumiendo la responsabilidad de unificar el imperio fundado por su padre. Creó las bases de la poesía, los salmos y las oraciones, que más tarde sirvieron de ejemplo para inspirar las oraciones y los salmos de la Biblia hebrea y de los himnos de Homero». Quiero saber todo lo que escribió, que veo que tiene obras poéticas, algunas dedicadas a la diosa Inanna, que era la diosa sumeria de la sexualidad, la pasión, la fertilidad, el amor, las prostitutas y la guerra.

—Y yo quiero conocerla como la mujer que se considera «el primer escritor conocido que firma sus trabajos y escribe en primera persona y el primer autor en la historia de la humanidad». Aunque he leído que algunos autores también la consideran la primera mujer música, matemática y astrónoma. Debió ser poderosa y excepcional y por eso me sorprende de no haberla conocido antes a lo largo de mi carrera. Y ya no te digo nada del papel que jugó una sacerdotisa en una sociedad como era la de Mesopotamia, en la que el rol de la mujer estaba completamente sometido a la voluntad masculina, y además pone que no solo dirigía el culto, sino que también supervisaba las cosechas, administraba los silos de cereales, las viviendas y las tabernas y ya por las noches se ponía a escribir, como ella misma menciona en sus escritos. Describiendo las largas horas que pasaba trabajando en la noche sobre sus composiciones, e incluso habla sobre las dificultades del proceso creativo, es decir, el bloqueo de la página en blanco. Algo de lo que se habla hoy en día y que ya existía en la antigua Mesopotamia. Y otro dato que me llama poderosamente la atención es el hecho de haber escrito ya en aquella época sobre el acoso sexual que sufrió hace 4.300 años por parte del rey Lugalane que quiso usurparle su cargo como sacerdotisa después de fallecer su padre y que ella misma define como «un rebelde que profanaba el templo convirtiéndolo en una casa de mala reputación, forzando su entrada dentro como si fuera un igual», y añade: «¡Se ha atrevido a acercarse a mí en su lujuria!».

Natalia y Sofía no podían imaginar que aquella primera noche de su convivencia en Heidelberg las uniría un interés común y mucho menos sospechaban que el sorpresivo encuentro con Enheduanna iba a transformar sus vidas y a guiar sus próximos estudios. Aquella noche se durmieron hablando de Enheduanna y en los siguientes días, entre clase y clase y novedades y trabajos y comentarios de todo tipo, siempre se filtraba un detalle de esta insólita mujer que, según ellas, debería encabezar los renglones feministas y de la que hablaban entusiasmadas.

Pasaron unos días hasta que Natalia se encontró con Noah en la clase.

—Aún estoy esperando tu llamada perdida para poder contactarte.

—Lo siento, he tenido unos días complicados, instalarme, ya sabes, primeras clases y primeros días de todo...

—Quería comentarte un tema para nuestro trabajo de equipo a ver qué te parece.

—Pues tú dirás.

—El profe dijo que podíamos elegir el tema siempre que fuera de la Edad Antigua, y ya que esta se inicia con el comienzo de la escritura, he pensado que por qué no lo hacemos sobre los primeros textos escritos que aparecen en la humanidad, concretamente la escritura cuneiforme sumeria. ¡Piensa por un momento! Tener una de esas tablillas de escritura de signos y poder leer lo que se escribía hace 4.000 años es como acariciar un fósil lleno de pensamientos o como leer un diario secreto. La tablilla de Shuruppak, en la que ya se hablaba de la existencia de un diluvio, que era el mismo que después apareció en los textos bíblicos, o los textos y los hallazgos arqueológicos que nos hablan de la vida de una mujer notable de aquella época.

Noah le ponía tanta emoción a lo que contaba que era difícil no convencer. Natalia estaba pensando: «Me temo que es un friki de la historia como yo», pero cuando oyó lo de una mujer notable, le faltó tiempo para contestar.

—¿Qué mujer? ¿Estás hablando de Enheduanna?

—Sí, justo hace unos días dieron una conferencia a la que quería ir, pero no sé cómo estuve para que se me pasara.

—¿Y qué sabes de ella?

—Pues, que fue una princesa y sacerdotisa en una época donde no era lo más común en una mujer, me refiero a ser sacerdotisa. Que murió a los 35 años, que sus textos se copiaron durante muchos años y que, de hecho, las copias que aparecieron son de

casi 550 años después de su muerte. Y me pregunto qué tipo de mujer fue aquella que mereció el privilegio de ser mencionada en una inscripción sagrada.

—Noah, hagamos el trabajo de esta mujer. Me muero por saber todo de ella. ¿Sabes lo que yo me pregunto? Pues qué tipo de mujer debió ser para que hoy, 4.000 años después de su muerte, estemos tú y yo hablando de ella.

—¿Tú te imaginas escribir algo hoy y que en el año 6022 sea tema de conversación?

—¡Jajaja! Sinceramente, no. Mi imaginación no da para pensar en el 6020. Pero ahora que lo dices, ¡es muy fuerte!

—¿Entonces el trabajo lo centramos en los textos encontrados de «Enhedu»?

—¿Enhedu? Sí, me encanta. Si te parece podemos hablar con mi compañera Sofía, ella ha empezado un máster de asiriología, creo que eso incluye la escritura cuneiforme sumeria.

—Sí, me parece bien. Ella puede ayudarnos a interpretar los textos. Yo soy un apasionado de todo lo que descubrió el famoso arqueólogo Woolley, recopilaré todo lo encontrado referente a esta mujer, como el disco de Enheduanna que se encontró en 1926, que representaba escenas del dios sumario Luna y en él estaba inscrito el nombre de Enheduanna, o las 37 tablillas descubiertas que permitieron reconstruir los textos.

Natalia, sin darse cuenta, estaba empezando a mirar a Noah con admiración. Y es que con pocos chicos había podido hablar de temas que le interesaran. Descubrir que Noah sabía de la existencia de esta mujer, le cambió su primera impresión.

—Pues a mí me gustaría ahondar en la Enheduanna como mujer, en el papel que le tocó vivir como sacerdotisa, como política o persona influyente, como escritora, me gustaría meterme en las entrañas de su pensamiento y saber cómo se sentía, cómo pensaba y cómo actuaba una mujer que nació 4.000 años antes que yo.

Natalia, Sofía y Noah venían de lugares diferentes, de educaciones diferentes, de escuelas diferentes y de grupos de amigos diferentes, pero encontraron un denominador común que aceptaron con pasión. Los tres juntos tenían encuentros de estudio y de fiesta. Cuando iban a la cervecería Triplex-Mensa en Universitätsplatz bromeaban con sentirse poseídos por el espíritu de Enhedu e incluso la imitaban repitiendo partes de textos que ya tenían memorizados.

Cada vez que uno de ellos descubría algo nuevo, programaban una «reunión o cerveza urgente». Alguna vez, incluso, después de algunas cervezas, bromeaban con hacer ouija para ver si se comunicaban con Enhedu.

Lo cierto es que durante ese curso fueron inseparables, estudiaron, rieron, comieron, bebieron, durmieron, viajaron, disfrutaron y compartieron toda y cada una de las informaciones recopiladas que iban apareciendo. Vivir una pasión y compartirla era la mejor experiencia vivida para cada uno de ellos.

Natalia decidió hacer su TFG de esta señora de la que se hizo inseparable nada más llegar.

Sofía hizo su máster enfocado a los textos de escritura cuneiforme y muy especialmente los que estaban firmados por Enhedu.

Noah centró sus estudios de arqueología en los hallazgos de Mesopotamia. Las excavaciones de las primeras civilizaciones de Oriente Próximo, entre las que se encontraban los restos que dieron vida a Enheduanna.

El próximo curso, cada uno de ellos estará en una parte del mapa con muchos kilómetros de distancia, pero los tres transmitirán lo que han aprendido este año sobre una extraordinaria mujer que nació 2.500 años a. C.

Tal vez dentro de unos años sean ellos quienes apasionen a nuevos alumnos contando la vida de esta extraordinaria mujer de la que poco se ha hablado hasta ahora, o tal vez sea el espíritu de Enheduanna el que se rebele contra el olvido y vuelva a salir impregnando a las nuevas generaciones de curiosidades sobre su vida, como lleva haciéndolo desde hace más de 4.000 años.

FIN

L'autora

Mi nombre es Ascensión García, nací en Huéscar (Granada) en 1964 y vivo en Sant Joan Despí desde 1985, eso hace que sea más de aquí (de donde vivo) que de allí (de donde nací), aunque sigo teniendo mis raíces y mi amor por mi pueblo. Sant Joan Despí me ha dado mi hogar, amigos, trabajo, mis hijas y otras muchas cosas, entre las cuales el amor por la escritura, que descubrí gracias a este concurso allá por el 2002.

Han sido varios los relatos que han tenido algún reconocimiento en este concurso y quiero seguir dando las gracias por ello, pero en esta edición quiero hacerlo especialmente por los que hoy se publican aquí, que son: Diario de una amapola, del 22è Premi y La princesa ha cumplido 4.300 años, del 23è Premi. En ambos he querido, como siempre, resaltar la figura de la mujer y transmitir el amor por las letras, los libros, las historias y esta dualidad inseparable que existe y ha existido siempre entre nuestro género y el arte de las letras. Espero y deseo que todos disfruten leyendo los relatos y que podamos seguir disfrutando de historias de mujeres que se animan a escribir en concursos como este.

El finestral obert atrapa la nit cap a l'interior de la cambra...

Mare, com que no sé com ets, com que no he pogut veure mai el teu rostre, necessito endevinar-te. I aquesta nit, com tantes altres de solitud i de silencis, em deixo seduir per la màgia d'un joc apassionant del qual ets protagonista, un joc que enceto, una vegada més, amb ingenuïtat infantil, amb curiositat adolescent, amb ímpetu de joventut, amb il·lusió de maduresa, amb tot l'anhel inherent a les diferents etapes de dona que han anat marcant, fins ara, la meua vida sense tu. Imaginant-te sempre. Sempre imaginant-te. Un joc en clau de suposició, perquè no dispo de certes, i supleixo el desconeixement total de la teva fesomia per una aposta prou arriscada que em permet, almenys, fer-me'n una idea, apropar-me al teu perfil tothora amagat rere un núvol de seda fosca. El mateix núvol que determina el meu origen.

La nit que em vas abandonar, tot fugint a recer de les ombres, sospito que la lluna vesava llàgrimes de plata, que l'aire circulava enrarit per un carreró llarg i estret sadollat de dolor i de culpa. Intentaves desaparèixer d'aquell escenari dantesc que t'acusava sense commiseració. Intentaves no deixar el teu rastre. Vas deixar, però, la lluna al meu abast en un descuit. Els meus ulls van mirar fixament aquella esfera misteriosa al mateix temps que anaven perdent el dibuix entranyable de la teua cara. I per raó d'un poder sobrenatural que cursa al voltant del firmament i dels astres, jo podria apaivagar en l'avenir, amb un joc de fantasia, el meu dolor latent, el meu drama. A més, a despit del teu anonimat, la teua empremta innegable restà gravada en el meu ésser, i a través de mi mateixa, assedegada de la teua presència materna, et desxifro a tu mateixa bo i emprant al màxim el meu deler per retrobar-te, per reconstruir-te, per aproximar-me a tu i escurçar aquesta sensació martiritzant de llunyania.

De totes les cares canviants de la lluna, em quedo amb la de la lluna plena. Potser perquè, malgrat saber-la distant i nebulosa, crua com un paratge d'hivern i amb les mans terriblement fredes, la lluna plena irromp també amb generositat, gran i rodona, immensa, circumscrita en un firmament obscur confabulat amb els seus secrets més recòndits, prou avinent per escutar-la a fons, per fer-la objecte més ampli d'un seguit d'hipòtesis que brinden només respostes encobertes. Prou que ho sé. La lluna és enigma. Tu ets enigma, mare.

Amb un llapis de carbonet, pretenc fer un assaig de la teua imatge dins d'un lloc concret del meravellós espai sideral que s'estén davant dels meus ulls expectants. Faig apostes sobre tu a la faç de la lluna plena. Tu, que hauries de ser per a mi la més coneguda de les dones, la més assequible de totes elles, a pesar que els llavis lunars restin closos als meus

desitjos i amarats de silencis insondables. I no obstant tot el compendi de dubtes que m'aclaparen, mai no li formulo cap pregunta directa. La lluna no parla. No s'estableix cap diàleg entre nosaltres, ni que sigui al caire de la incertesa. Però tinc l'avantatge que en el seu rostre esplèndid puc fer-hi, si més no, el disseny del teu rostre que no conec, aplicant-hi alguns trets a partir dels meus trets més remarcables, pistes personals que haig d'anar emplaçant fins a assolir una aparença propera amb aquest aire, sovint indefinible, que fa emparentar, de manera fidedigna, uns membres de la família amb els altres. Les mares amb les filles.

Així doncs, els detalls més rellevants de la meva fesomia impacten en el teu rostre lunar creant la teva pròpia fesomia. D'on prové, sinó, aquesta piga a frec del llavi superior o aquesta cella que s'arqueja amb la ironia? Les meves irregularitats facials conflueixen, suposadament, amb les teves. I si existeix en mi el més mínim tret harmònic, vull creure que, fins i tot, també el compartim ni que sigui com una mostra evident dels nostres detalls terrenals més agradables de veure. I aleshores, amb un somriure íntim, percebo la distància que es va escurçant, la feredat que es va endolcint, la tenebra de la nit que es difumina...

D'altra banda, es pot dir que, de mica en mica, les teves faccions queden emmarcades en una mena de clarobscur, en una distribució intrigant de les llums i de les ombres que esclata com un prodigi del pleniluni. Tu ets llum i ets ombra, mare. Tot alhora.

Tan bon punt fineix el període espectacular de lluna plena, s'esdevé inevitablement un temut parèntesi, i jo he d'assimilar, fent un esforç ímprob, que s'imposen altres fases de mutació (nova, creixent, minvant) que no permeten aplicar unes faccions concretes en la superfície visible de la seva pell cendrosa. En iniciar-se aquests marges de temps que se'm fan eternals, deso la lluna plena en el seu àmbit, embolcallada amorosament amb un full grandió de cel-lofana decorat d'estrelles.

Val a dir, però, que en qualsevol etapa de la meva trajectòria, jo sempre he estat a la lluna. Mentre vaig ser molt jove, durant aquells parèntesis ja esmentats en què, per força, havia de donar un respit al joc celeste d'aproximació a tu, jo seguia mantenint l'esguard tan fix a les altures que molt sovint, mare, per tal de no perdre aquell contacte creatiu d'il·lusió, imaginava que passejàvem de la mà i que evidenciàvem amb gran joia el nostre lligam exclusiu, com dues siluetes alades, fosforescents, pels senders més recòndits de l'univers, per les àmplies avingudes de l'espai còsmic, sense que mai no ens rendíssim davant les grans distàncies astronòmiques. Gosava fantasiejar al teu costat, sota una pluja de purpurina, per galàxies llunyanes, constel·lacions, nebuloses..., giravoltant pels anells de Saturn, orbitant a l'entorn dels cometes, satèl·lits, asteroides, meteorits, planetes..., fins a arribar al zenit d'aquella aventura.

Més tard, amb el pas dels anys, sense abandonar mai aquella extensió astral tan nostra, vaig tocar més de peus a terra en el sentit que vaig substituir l'èxtasi dels episodis siderals per escenes més quotidianes, aquelles en les quals transcorria la meva vida tot acusant de ple la teva mancança. Per tant, seguia fantasiejant sense veda, contínuament, a un ritme potser menys vertiginós, obeint a un sentiment interior que et reclamava, a un dret que em pertanyia, i llavors anàvem a comprar pels grans magatzems de la ciutat, preníem el cafè en una terrassa de moda, acudíem a la «pelu» a fer-nos blens d'un to caoba als cabells; bufava les espelmes del pastís d'aniversari mentre tu aplaudies el meu desig que em parlés aquell veí que tant m'agradava, o et referia els entrellats del meu primer amor fallit mentre brollaven les primeres llàgrimes amargues... Tot allò, i tantes altres situacions que havia viscut sempre apartada, s'esdevenia no pas per una tria personal, sinó per mera soledat.

Després del joc al qual m'abandono nombroses nits de lluna plena, tanco els ulls, com un ritual ben instaurat, i retinc el teu semblant en mi a l'encalç d'un descans més plàcid dins la solitud permanent de la cambra. Fins que m'adormo en els teus braços de llum, encara entre les ombres. Però ha passat ja tant de temps, que el llapis de carbonet ha envellit entre els meus dits ja trèmuls, cosa que revela que també ambdues ens hem anat fent molt grans a l'uníson. Tan grans, que ara soc jo qui t'abraça, qui sento com t'arrauleixes en el meu pit mentre omplo de petons el teu cap, el teu front, les galtes pàl·lides. Perquè vull que t'adormis en pau, mare.

Pot persistir un mur altíssim de separació física entre nosaltres, podem plegar-nos a un oceà immens de distància, poden restar mil incògnites sense resoldre que ens interfereixin..., mes la força poderosa de l'origen ens enllaça, i això no ho pot destruir cap circumstància. No sabré mai què va passar. No podré accedir mai a la cara oculta de la lluna. Ara bé, aquest amor febril que acuso dintre meu, aquesta devoció magna, m'anima a pensar que, si he nascut amb uns trets facials determinats i alguns d'ells et corresponen, potser vol dir que tal sentiment d'amor tan arrelat també dimana de tu, i així mateix me'l vas transmetre. Per tant, jo sé, jo sento que tu, mare, també m'estimaves...

Però m'adono que l'únic que tinc realment a prop és la lluna.

L'autora

Soc de Barcelona, vaig néixer l'any 56, i la meva vocació literària ve de lluny, des de sempre, de manera que quan vaig fer sis anys i el meu besavi em va preguntar què volia que em regalés, jo no ho vaig dubtar ni un segon: una màquina d'escriure! D'ençà de llavors, i teclejant amb un sol dit, vaig poder transcriure els meus relats, novel·les i poemes d'una manera més «professional». La il·lusió d'escriure ha ocupat, i segueix ocupant, un lloc essencial a la meva vida, i m'ha portat algun desencís i moltes sorpreses.

A estones tinc la sensació com si se m'esparraquessin l'ànima. Se m'acumulen un munt de sentiments que m'emborratxen el pensament. Em costa controlar tot aquest garbuix. Són tants anys...! Però al mateix temps estic inflada de satisfacció. És la fi d'una etapa que m'ha omplert de bat a bat, que m'ha farcit la vida d'alegries. No tot han estat flors i violes, tot s'ha de dir, perquè me n'han passat de tots colors, però estic molt orgullosa de tot plegat. Miro enrere i veig tantes coses... Si tanco els ulls, puc escoltar el grinyol de les portes, els cops de pilota del pati, el xiulet del timbre, les corredisses de la mainada; són fresses que se'm repeteixen cada dia, com una cançó apresada de memòria. Any rere any hi ha nens nous, cares noves, però rostres semblants. Els mateixos plors amb cares diferents. Puc sentir la forta olor de les aules buides, que és una barreja de pixats, de retoladors, de colònies de nens, de suor, de plastilina, de coles d'enganxar, de vomitat, de pols de guix...

Jubilar-se és una paraula estranya, bé, potser no és aquest l'adjectiu correcte! Puc dir que és una paraula poc usual. Això! Almenys no recordo haver-la fet servir gaire en les meves redaccions. Qui sap si la vaig aparcar en els diccionaris de les classes perquè em feia un xic d'angúnia sentir-la. És allò que el subconscient et parla a cau d'orella i et fa tancar els ulls... Però ara s'ha acabat aquest joc, perquè avui és l'últim dia d'aquesta feina per endinsar-me en un món desconegut, un camí nou on no hi haurà nens, ni nenes. On no hi haurà aules, ni matèries. On no caldrà avaluar els coneixements, ni els treballs, ni les aptituds. Tot serà tan diferent! El rellotge passarà a ser una eina sobrera, no em caldrà un despertador que m'avisí que cal posar els peus a terra, ni un rellotge de polsera que marqui les hores de les reunions, ni un timbre que avisi del canvi de classe. De cop el temps serà un tresor que se'm servirà amb safata, me'l podré mirar de fit a fit i... Uf! Hi ha estones que em fa por. Sí, tinc la sensació que cauré en un abisme i no sé què hi ha a baix, no tinc idea de què m'espera allà al fons.

Avui m'acomio d'un ofici, d'una escola, d'uns professors, d'uns companys, d'uns pares, d'uns alumnes... Dic adeu a les pissarres, als pupitres, als llibres, als exàmens, als bolígrafs..., però també deixo de banda els reptes diaris de fer bé les classes, d'aportar nous coneixements, de fer que els infants despertin la seva curiositat, que creixin com a persones responsables, que s'impregnin de bons valors, d'intentar que gaudeixin de les petites coses... Aparcaré unes olors conegudes, uns sorolls apresos, unes mirades estimades.

Ahir vaig marxar carregada. Semblava que feia mudança! Vaig endur-me llibres, tre-

balls, dossiers, projectes i, sobretot, records. Eines que em faran pessigolles cada cop que les revisi; que m'ajudaran a desempallegar-me, de mica en mica, d'aquesta angoixa que sento a dins del meu cor cansat. Tothom em dona ànims, m'omple de paraules de confiança i em felicita. És un continu donar-me gràcies. I, jo somric, miro de mostrar la meva cara dels diumenges, aquesta que fa patxoca i que mostra alegria, perquè, quan tot aquest tsunami de sentiments torni a la calma, sé que estaré agraïda per tot i a tots.

Uf! Què fan tots els meus alumnes? Porten un cartell gegant i se'n van cap al patí. Què deu dir? Em fan senyals que els segueixi. Jo, obedient i encuriósida, ho faig. S'aturen al racó de La Mirada, com l'anomenem. Aquí hi ha dibuixat, a terra, un triangle enorme de color verd i dos ulls gegants a cada costat, un amb unes pestanyes molt ben dibuixades, l'altre no. Els nens i les nenes somriuen i s'apinyen al cim del triangle mentre alcen el rètol que diu: «Tots i totes ho podem fer...» Caram! Se m'humitegen els ulls, m'he quedat embadalida! Un nus a la gola m'impedeix articular paraula, però estic cofoia, orgullosa d'aquests marrecs. Quina passada! Com els aprecio! Són una colla de trapelles, no, millor dit, uns eixebrats que han crescut de cop. «Tots i totes ho podem fer», això és el que els he anat repetint dia rere dia. Aquí, a aquest lloc que en diem La Mirada, on juguem al joc de rols de gènere i on vàrem acordar que l'ull amb pestanyes representava el sexe femení, que l'altre ull era el masculí i que el nas o el triangle eren els dos sexes alhora.

Qui pot portar cotxe?

Qui ha de rentar i planxar la roba?

Qui pot banyar els fills?

Les nines, són joguines de nens o de nenes?

I les motos?

Les dones poden ser bones futbolistes, o millor els homes?

Qui pot arribar a ser president/a?

I rei o reina?

Qui pot ser bisbe o capellà?

Qui ha de dur el cotxe al taller?

Qui ha de cosir un botó?

...

A cada pregunta havien de col·locar-se en una de les tres zones de La Mirada: l'ull dret, l'esquerre i el triangle. Un joc de moviment que els obligava a triar, a moure's: masculí, femení o tots dos alhora... Però era, sobretot, una activitat per a pensar. Amb aquests interrogants o altres de semblants obríem converses, ens qüestionàvem els rols dels sexes, havíem de raonar i justificar les respostes. Jo pretenia que entenguessin que els dos sexes poden fer totes les coses i que només cal voluntat per a fer-les. Quants debats hem encetat i hem desgranat amb desfici! Sempre hi havia nenes o nens que es col·locaven en un dels ulls, «això és d'homes» o «això és de dones», que no entenien el sentit d'aquestes reflexions, potser influenciats per la societat masclista o per uns pares que els ensenyaven coses diferents.

I, avui, tots s'han col·locat al triangle verd aguantant aquesta pancarta tan didàctica. Em miren i somriuen i, alguns, també vessen llàgrimes. Em commouen, m'emocionen i em deixen fora de joc. Sí, nens i nenes, tots i totes ho podem fer...

El pare, que era pagès, sempre em deia que per collir s'ha d'haver sembrat. Ara mateix tinc el cor encongit, però reviscolat d'il·lusió i em sento com un pagès que ha tingut una bona collita. Avui em jubilo, és hora de retirar-me, de deixar pas. Un canvi molt important! Però tot aquest garbuix de dubtes, d'incerteses i de pors se m'esborra com per art d'encanteri en contemplar la imatge de la mainada al cim del triangle, ells són el futur i poden fer-lo millor, més just i amb menys desigualtats.

Una mirada diferent!

L'autora

Vaig néixer el dia que acomiadem l'hivern per donar la benvinguda a la primavera, d'això ja fa seixanta-un anys. Visc a Campdevàrol (Ripollès).

Treballo fora de casa i a casa, com tantes dones d'aquesta societat. M'agrada gaudir de les petites coses de cada dia, estar en contacte amb la natura, caminar, anar amb bicicleta, llegir, ballar, escriure, somiar, estimar...

Vaig descobrir la màgia d'escriure de gran, i ara hi estic ben enganxada. He tingut la sort d'aconseguir força premis literaris, cosa que, com podeu deduir, em fa molt feliç. Però, el que m'omple més encara és la meva família: la meva parella, tres filles i quatre nets que m'han rejevenit.

—Cuca, ves amb compte! Avisa quan arribis, però recorda que no tens Internet, has de buscar el wifi!

Em deia la meva mare abraçant-me ben fort entre els seus braços i entre petó i petó a les meves galtes roges de vergonya. Recordo perfectament com em volia separar d'ella i li anava dient que no es preocupés i que estaria bé, mentre observava els altres adolescents que es trobaven en situacions similars.

Era un matí del mes de juliol de l'any 2013, tenia setze anys i sentia l'emoció per tot el cos, estava a punt d'agafar un avió cap a Anglaterra, sense pares, només amb la meva amiga Laura. Ens n'anàvem de colònies per aprendre anglès i conèixer altres adolescents d'arreu d'Europa. Una experiència única que estava sent possible gràcies a la meva insistència durant mesos i als esforços econòmics dels meus pares, i que, en aquell moment, no n'era gens conscient. Vint dies a Anglaterra, amb nois i noies de la meva edat, fent classes d'anglès, excursions, esports... Una oportunitat que no em podia creure que tingués la sort de viure.

Després d'acomiar-nos a l'aeroport de les nostres famílies, vam agrupar-nos i es van presentar els que serien els adults de referència durant tots aquests dies. He de reconèixer que no vaig parar gaire atenció, ja que no podia parar de pensar en com seria Anglaterra. M'imaginava els homes alts i grassonets i les dones altes i rosses, amb la pell molt clara i, sobretot, molt ben vestits. Tot el que coneixia d'Anglaterra era a través de les novel·les que havia llegit o la televisió. Per tant, us podeu imaginar que realment el meu imaginari se centrava en tot d'estereotips.

Un fet que em preocupava era l'idioma, tot i que m'encantava aprendre idiomes, sempre m'ha costat molt parlar-los i, no em veia amb cor de tenir una conversa fluida en anglès. També és veritat que l'objectiu d'aquestes colònies era millorar el meu speaking, així que intentava no preocupar-me massa. La Laura, en canvi, sí que sabia molt anglès i el dominava a la perfecció, ja que la seva mare, professora d'anglès, l'hi parlava des de ben petita.

Un altre fet que no em parava de donar voltes pel cap era el tema dels esports. Quan vam decidir quines colònies triar per millorar l'idioma, podíem triar entre diferents temàtiques: esport, teatre... I d'entre totes les opcions, vam triar els esports, que no eren especialment el meu fort. Des de la infància els meus pares havien intentat que practiquéssim tota mena d'esports, vaig provar el tennis, el bàsquet i la dansa, però no hi havia manera.

És important tenir en compte que la Laura i jo ens coneixíem des de parvulari, portàvem tota una vida juntes, i jo sempre intentava seguir els seus passos. Ella era molt llesta i estudiosa i, a més, era molt bona fent esport. A mi sempre m'havia agradat molt estudiar, especialment les llengües i la història, però amb les matemàtiques i les ciències... no podia, igual que amb els esports. Però, per estar vint dies a Anglaterra amb la meva amiga, valia la pena haver de fer esport.

El camí de l'aeroport fins al poble d'Ellesmere va ser impressionant, un recorregut de paisatges verds, petites cases amb jardins, granges, animals, muntanyes... Perquè us en feu una idea, Ellesmere és una petita localitat d'Anglaterra, que no arriba als 5.000 habitants. En un ambient bucòlic, tot verd, s'obren camí algunes cases unifamiliars.

Unes imatges molt diferents del ciment, blocs de pisos, soroll al qual estava acostumada. I, quan vam arribar a l'escola, aquell magnífic edifici del segle XIX, que recordava les pel·lícules de Harry Potter, un gran edifici ple de finestres i, el millor de tot, tot davant d'una enorme extensió de gespa.

Només arribar ens van assignar les nostres habitacions, que podien ser de dos a quatre persones. Nois i noies separats. A mi em va tocar amb la Laura, només nosaltres dues. I quan vam arribar i vam desfer les maletes, estàvem nervioses perquè no sabíem com coneixeríem la gent. Pensàvem que seria més fàcil si tinguéssim alguna companya més, però alhora també ens agradava estar totes dues soles. No érem especialment tímides, però tampoc molt extravertides, i era quelcom que ens causava neguit.

Recordo perfectament el primer dia que ens tocava fer una activitat d'esport. La Laura i jo ens vam posar uns pantalons de bàsquet, una samarreta ben ampla i les vambes, i vam baixar al punt de trobada. La nostra sorpresa va ser que totes les noies anaven d'esport, però amb un estil molt diferent del nostre, combinades en colors, amb tops i leggings curts, fins i tot algunes maquillades. I va ser en aquell instant que vam pensar que no encaixaríem mai aquí. Deixant-nos portar per tots els prejudicis i inseguretats que es tenen amb setze anys, pensàvem de veritat que no faríem amistats. Va transcórrer el matí i vam fer totes les activitats sense relacionar-nos gaire amb les nostres companyes. Quan va ser l'hora de dinar, vam entrar al menjador. Era el típic menjador que sortia a les pel·lícules americanes, on havies d'agafar la safata i un/a cuiner/a et preguntava què volies i et feia triar entre diferents plats; recordo com ens preguntaven si volíem spicy or not spicy, i jo no entenia res del que em preguntaven. Un cop vam tenir la safata plena, va arribar el moment més difícil de tots, triar on anàvem a seure. Si ho penso, ara em resulta graciós, però en aquell moment sentia que on seguéssim a dinar definiria els pròxims vint dies. Així que, pensant molt bé la nostra decisió, final-

ment vam triar seure amb dues noies que anaven vestides com nosaltres i vam pensar que hi podríem encaixar.

—Hola, està ocupat? —Vam dir tímidament.

—No, no, podeu seure.

—Perfecte, jo em dic Isa i, ella, Laura.

—Nosaltres som la Maria i la Carla.

Sense saber-ho en aquell moment, aquell instant, aquella decisió va marcar la meua vida durant molts anys i, avui en dia, encara penso que el meu jo adolescent, que tenia por de no encaixar i analitzava totes les decisions que prenia al detall, no ho va fer bé en molts moments, però sí en triar aquell seient.

A partir d'aquest moment anàvem sempre les quatre juntes i, a poc a poc, vam anar coneixent els altres nois i noies. Tot anava bé, fèiem de tot menys aprendre anglès: jugàvem a jocs, apreníem nous esports, parlàvem amb tothom, rèiem, ens divertíem. Em sentia especialment feliç i estava molt contenta d'haver conegut la Maria. Tot i que no ens coneixíem de res, hi havia quelcom dins meu que sempre volia estar amb ella, hi estava a gust, em sentia com a casa. Passàvem tot el temps que podíem juntes, nosaltres anàvem a classes d'anglès a diferents grups, però totes les estones lliures ens buscàvem a les nostres habitacions per passar temps juntes. Fins que un dia la Laura em va agafar i em va dir:

—Escolta, amb la Maria què? —Jo no entenia la pregunta.

—Què de què? —vaig respondre sorpresa i sense saber a què es referia.

—Doncs, que què teniu? No ho veus?

Aquesta va ser la primera vegada que em vaig plantejar què sentia de debò, era només una amiga amb la qual estava a gust i volia passar temps amb ella o m'estava despertant res al meu interior? M'agradava la Maria en un sentit amorós? Tenia el mateix sentiment quan pensava a veure alguna amiga? Totes aquestes preguntes van estar anys i anys ressonant dins del meu cap.

Una vegada van finalitzar les colònies i vam tornar a casa, vam continuar parlant i veient-nos tot el que podíem. I jo, a poc a poc, sentia que volia estar més amb ella. Mai m'havia plantejat sentir-me atreta per una noia, ningú m'havia parlat d'aquesta possibilitat, ni tenia cap referent, i jo em negava a acceptar que això estigues passant; pensava que estava confosa, que l'estimava molt, sí, però com una amiga, com una

millor amiga potser. No? Però no era així, el temps passava i sempre que la veia sentia que el cor em girava de cop. Sí, m'havia enamorat d'una noia, m'estava enamorant de la Maria.

Vaig intentar expressar-li els meus sentiments en diverses ocasions, obrir-me i preguntar-li si ella ho sentia com ho estava sentint jo, però quan arribava el moment mai ho feia. Sempre em podia més la por de crear un ambient incòmode, de perdre la seva amistat, de ser rebutjada. I així van passar els anys i, a poc a poc, ens vam distanciar, vam començar a estudiar i a treballar i, tot i que de tant en tant sí que parlàvem, ja cada vegada ens veiem menys.

Fins que va arribar la pandèmia, la covid, aquella malaltia que ens va fer viure com en una pel·lícula apocalíptica l'any 2020, que ens va tenir confinats i confinades uns mesos a les nostres cases i, per sort o per desgràcia, també ens va donar aquesta pausa del món. Aquells mesos, pensava en tot allò que m'hauria agradat fer i que no havia fet, i el primer que em venia al cap era que mai havia resolt el tema de la Maria, no havia estat prou valenta per dir-li tot el que havia sentit. Un dia, vaig rebre un missatge per les xarxes socials, era la Maria. Vam començar a parlar, ens vam explicar com estàvem, vam recordar les colònies... i finalment vam decidir veure'ns per fer un cafè.

Aquest cop estava a decidida a explicar-li tot el que m'havia despertat anys enrere, reconèixer que va ser la primera noia per la qual em vaig sentir atreta i que era massa jove per entendre el que estava vivint, que ara, amb la perspectiva del temps, veia clar el que havia sentit. Però va ser veure-la i se'm va despertar quelcom, estava nerviosa, va tornar aquest gir del cor. Vaig tornar a sentir aquella flama dins meu, una flama càlida que em transportava a aquell poblet d'Anglaterra i em ruboritzava sense poder-ho evitar.

Aquell cafè es va convertir en un sopar, vam estar hores i hores parlant de les nostres vides, fins que va arribar el toc de queda i ens vam haver de separar amb una llarga abraçada. I no, no vaig ser capaç d'expressar els meus sentiments.

No vam trigar a trobar una excusa per parlar dia i nit, fos del temps, d'alguna sèrie, les notícies... Qualsevol excusa era bona. I al cap de poc temps vam dir de tornar-nos a veure, penso que les ganes eren mútues, totes dues sentíem que volíem estar juntes i veure'ns. Així que vam decidir tornar a quedar.

Sentia que no podia ser que quasi deu anys després sentís el mateix que vaig sentir en aquell poblet perdut d'Anglaterra, però el meu gran dubte sempre havia estat el mateix: ho deu sentir ella també? Recordo que ho vaig parlar amb tots els meus amics,

necessitava treure'm aquest pes de sobre, feia anys que carregava la incertesa de si el sentiment era mutu o simplement jo havia estat vivint i sentint la nostra relació d'una manera diferent de la seva. Ja no teníem setze anys, ja no m'avergonyia de sentir tot això per una noia, ara simplement volia saber què succeïa dintre del seu cap.

Em va costar tota una tarda i més de mitja nit acompanyada amb cerveses per finalment agafar les forces suficients i dir-li com m'havia fet sentir estar amb ella, com sentia que les ganes que tenia d'estar amb ella eren diferents de les ganes de veure els meus amics, com si pensava en ella em recorria un no sé què al meu interior i, sobretot, com passats tots aquells anys ara la mirava i sentia el mateix. I es va fer el silenci. Res, cap paraula sortia dels seus llavis. Uns segons que em van semblar hores. I jo, que soc molt impacient, vaig haver de trencar aquell moment i preguntar què pensava ella, que si em responia quelcom. I ens vam fer un petó, un petó als llavis.

Aquesta és la història de com vaig trigar anys a ser valenta, empoderar-me i obrir el meu cor a una altra persona, a una altra persona del meu mateix sexe. Si hagués estat un noi, hauria entès els meus sentiments abans, ho hauria compartit amb el meu entorn i, probablement, hauria sigut valenta abans. Però plantejar-me amb setze anys si estava bé el que sentia, si era normal, si es riurien de mi, em va crear moltes més inseguretats de les que em podia imaginar. I tot i que m'encanta la nostra història, em sap greu pensar que al meu jo adolescent li hauria anat bé conèixer altres possibilitats d'amor més enllà de l'heterosexual, i no m'hauria costat tants anys acceptar els meus sentiments, acceptar la meva sexualitat, acceptar-me a mi mateixa.

L'autora

Isabel Roc (Sant Feliu de Llobregat, 1996). Historiadora de l'art i mediadora artística. Des de ben petita, la meua àvia em llegia poesia i m'animava a escriure juntament amb ella. L'escriptura m'ha acompanyat al llarg de la meua vida i sempre ha estat una forma d'expressar i ordenar els meus sentiments i emocions. Per mi és quelcom terapèutic. I per primera vegada, comparteixo aquesta part de mi amb vosaltres, és el primer dels meus relats que veu la llum.

S'asseu davant la pantalla a quarts de nou. Aprofita per fer comptes o navegar una estona abans que sigui l'hora. Quan comencin, haurà d'estar per elles. Per això, ha recollit la roba estesa, però encara no l'ha plegada.

Normalment, s'hi connecta puntualment a les nou, quan sent que toquen al campanar. Ja sap que elles encara trigaran una estona, però així ja està fet. S'acosta el cistell i va fent un monticle per a cada membre de la família. A la cuina, ell fa el sopar. La canalla estudia o tornen d'extraescolars diverses.

Aquest moment de pausa quan el dia s'apaga va començar com un flotador d'emergència els primers dies de la pandèmia. Ha anat canviant de protagonistes, d'hora i d'espais, però ara ja és com rentar-se les dents o dutxar-se: un hàbit higiènic, saludable i necessari.

La mare s'hi connecta:

—Penges tu o penjo jo?

Sempre tenen un problema tècnic, però ja són expertes. Saben perfectament què han de fer.

—Jo, mare, penjo jo.

Penja i hi torna.

—I ara?

—Ara, sí. Ara, millor.

És el seu ritual d'entrada. Com l'«a Maria» de les veïnes del poble de quan la porta sempre era oberta, però tampoc gosaven entrar de seguida perquè cada casa té les seves coses, i la confiança, ho sap tothom, fa fàstic. Ara aprenem a mostrar-nos a través de finestres fetes d'impulsos elèctrics des d'on ensenyem les vergonyes sense adonar-nos-en.

—Com ha anat el dia? —li pregunta la mare.

—Bé, tots bé.

—I la fenyà?

«La fenyà», no «la feina», perquè que visqui des dels deu anys a Barcelona, i d'això ja

en faci més de setanta anys, no li ha pres totes les paraules ni l'accent segarrenc. Fa la pregunta cada dia perquè sap que la filla s'hi agafarà i li explicarà totes les misèries d'una feina absurda que li permet pagar la hipoteca i alimentar i educar els fills, però que no l'omple gens, perquè se sent absolutament allunyada del que els altres entenen per servei públic.

—No t'hi enfadis, dona.

La mare deixa anar paraules d'ànim aquí i allà en el tsunami verbal de la filla que, sovint i com li retreuen els germans petits, passa per damunt de tot i de tothom.

—Hola!

Ja hi són totes. La tieta ja és aquí. Sempre una mica més tard que les altres dues, tret que sigui el dia abans de baixar a Barcelona. Perquè li agrada llevar-se ben d'hora, ben d'hora i no trobar-se amb l'entrada col•lapsada. Tant de temps que va estar sense conduir i ara aquest trajecte se'l sap de memòria, de pujada i de baixada, amb el seu cotxe automàtic, no n'hi doneu cap altre.

—Que ja has anat a caminar?

—Avui he fet onze quilòmetres.

Potser pel temps que va estar tancada, aquestes caminades matinals, abans que despunti el dia, a l'estiu, i quan el sol ja omple el cel, a l'hivern, li carreguen les piles i la morenor.

—Aquesta tarda hem tingut enterro.

—Quin número era?

Al seu poble, els morts van de tres en tres, en quinze dies. Una casualitat que pot semblar macabra, però que l'observació insisteix a confirmar. Primer, situa el cadàver al podi en la classificació de decessos i, després, explica com ha anat tot plegat amb més o menys detall segons la proximitat a la persona difunta. En sap molt més dels que moren que dels que neixen. Petits pobles que envelleixen amb la balança descompensada entre les sortides i les arribades.

—I què més expliques? No ha passat res?

Les històries són com branques d'un arbre. Avui, la recepta del flam al microones.

—Si no ho poses de seguida a la nevera, se't farà malbé.

Demà, llegendes familiars. La de la sogra de la tieta, que no va caure del balcó sinó amb el balcó, embarassada de vuit mesos, va perdre la criatura i encara va tenir esma de tenir-ne dos més. La de les joies de la mare de Déu que la iaia va salvar del saqueig durant la guerra. La de la cama que va perdre l'avi a la batalla de l'Ebre i que van enterrar ves a saber on.

—Nena, jo et dic lo que diuen.

—Tampoc va tindre sort. Es va casar i... problemes.

Un altre dia, dels llibres que va recomanar una llibretera de confiança. I encara un altre, de política, més amunt o més avall. Si hi ha convidats, les branques es multipliquen i s'hi parla de teatre, de dansa, de circ.

—Vam riure...

De la salut mental i de la física.

—Estic a la llista d'espera. Encara no sé quan m'operen.

De les xarxes socials.

—Ta filla m'ha enviat una foto, a l'ocellet no, a l'altra, la de la càmera.

—Mare, no te l'envie.

—Ai, està preciosa.

De la sequera i dels preus.

—Dumenge, plourà.

—No res no farà.

De tot plegat.

—La vida és...

—Un xou

Sempre, sempre, sempre apareix LA frase, el lema de la conversa, el sentit de tot plegat: la vida, un xou. A partir d'aquí també s'admeten dissertacions filosòfiques.

—La vida no coste res viure-la bé. Mos la compliquem solets.

La branca principal de l'arbre de les converses és la perplexitat en l'observació de la vida social. L'espurna de les trobades diàries virtuals va ser l'aïllament de la pan-

dèmia. Si fa quatre anys els haguessin dit que farien videotrucades amb aquesta facilitat, s'haurien fet un fart de riure. Les rutines van ser flotadors de supervivència els dies del tancament més sever, però només elles tres van mantenir-se fidels a la trobada diària, a fer-se aquesta companyia sanadora. Explicar-se aquesta societat que havia de canviar tant, que havia d'entendre l'avís que li feia el planeta i que sembla que no ha entès absolutament res. Dels que no volen turistes, però no entenen les vacances sense viatjar. Dels que critiquen els joves que beuen, però no veuen que han après mirant els adults que no entenen les festes sense alcohol. Dels que denuncien l'explotació de la indústria tèxtil, però han de canviar tot el vestuari cada any. Dels que abusen impunement i poden dormir a les nits.

Garbuixos de paraules tranquil·les, enrabiades, riallades, patiments, silencis s'enfilen cel amunt en una conversa que, sense saber com, ja fa una hora que dura.

—Ai, quina hora és?

—Fan alguna cosa de bo avui, a la tele?

—Ai, què va passar ahir al Manchester? —No, no parlen de futbol, sinó del concurs de cuina amb proximitat fonètica. Vocabulari familiar, que en diria la Ginzburg.

—Qui va marxar ahir? Ai, sí, la senyora gran.

—La van fumbre fora? No me vai enterar. Em vai adormir.

—Aquet pograma no el veu gaire dingú.

—Va, que demà no sabrem de què parlar.

—Bona nit!

Ja han penjat. La roba està plegada i el sopar, a punt. Potser no han arreglat el món, però tot és qüestió de temps.

L'autora

Mare de tres, remeno webs i paraules i, quan puc, escenaris i cançons. M'agraden les lectures amb reptes, els enigmes lingüístics i la meva família. Per fer-me feliç, oferiu-me converses llargues, tendres i divertides en un dia de pluja de tardor (aixoplugats darrere els vidres amb una beguda calenta entre les mans) o un dia temperat de primavera (a l'aire lliure xarrupant una llimonada àcida i gelada). Després, doneu-me temps per pensar i escriure. Si em perdo, busqueu-me a la biblioteca.

dones
despí